

CAMPOAMOR Y CAMPOOSORIO, RAMÓN DE (1817-1901)

TERNEZAS Y FLORES

Índice

La niña y la mariposa

La flor del valle

Impresiones de un día de viaje

A la luz

Silva primera

La mañana

Silva segunda

El mediodía

Silva tercera

La tarde

La guirnalda

A Felisa

El día de su boda

Tu risa

El arroyo

Mi harén en Andalucía

Un no sé qué

La rueda del amor

Recuerdos de un día de campo

La acción de Belascoáin

Canción dedicada al bizarro General

Tu boca

Las sirenas

La beata de máscara

Al río Navia

El amor de la sierra

El baile

A Clementina

Su imagen

La palma

A unos ojos

La flor de la jardinera

A Blanca

Romance

El modelo

El Cisne

La sombra

La esencia perdida

A la reina Cristina

Ayes del alma

Al regreso de S. M. la reina doña María Cristina

El carro de la fortuna

A mis amigos

La confesión

Las ilusiones

Una lágrima a un recuerdo

A los Sres. D. José Safont y D. Mariano Barrio.

A orillas del Nalón

En la Cartuja de Burgos

A B...

El primer amor

Alegoría. -A P...

El juicio final

Fantasía

I

Anuncio del juicio final a los espíritus malignos. -Lamentos del ángel malo. -Postrer
ardid del infierno.

II

Llamamiento. -Descripción del juicio final.

III

Transformación y ascenso de los pecadores. -Ayes de los justos. -Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

IV

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia.

V

Imperfección humana. -Rebeldía de los sentidos. -Lucha del espíritu y la carne.

VI

Hastío de Dios en su mejor obra. -Aniquilación de las criaturas.

VII

Sentencia. -Nueva creación del hombre. -Atributos de la especie humana. -Vaguedad de la existencia.

VIII

Desaparición del Criador. -Último adiós a la esperanza.

Muertos y vivos

Bacanal. -Coro bailable.

TERNEZAS Y FLORES

La niña y la mariposa

Va una mariposa bella
volando de rosa en rosa,
y de una en otra afanosa
corre una niña tras ella.

Su curso, alegre y festiva,
sigue con pueril afán,
y con airoso ademán
la mariposa se esquivo.

A veces con loco intento
quiere hacer presa en sus galas,
y, en vez de tocar sus alas,
toca las alas del viento.

Y su empeño duplicando,
cuanto más corre afanosa,

mas leda, la mariposa
va su inocencia burlando.

La ciñe en rápido giro,
y al ir a cogerla esbelta,
por cada vez que se suelta,
suelta la niña un suspiro.

Mas, sin ceder en su anhelo,
presta una, y, la otra ligera,
ni una acorta su carrera,
ni la otra amaina su vuelo.

Y vagan embebecidas,
sin sentir indiferentes
ni el son de las claras fuentes,
ni el de las auras perdidas.

Ni los pájaros que espantan,
entre las ramas divisan,
ni ven las flores que pisan,
ni oyen las aves que cantan.

Y mientras éstas cantando
siguen con plácido estruendo,
la niña sigue corriendo,
la mariposa volando.

-Amaina el vuelo sereno,
mariposa,
de quien es albergue el seno
de la rosa.
¿Por qué en tal dulce ocasión
vas sin tino
huyendo así la prisión
de lazo tan peregrino?

Reina de las blandas flores,
sus enojos
no temas, ni los ardores
de sus ojos,
porque ese puro arbol
que enamora,
si es luciente como el sol,
es tierno como la aurora.

Entre mil palmas no hay talle
más galano,
ni azucena en todo el valle
cual su mano.
No oirás de su voz divina
la dulzura,
ni en el ruiseñor que trina,
ni en el raudal que murmura.

Aprende el aura a ser leve
de su planta,
y, para formar con nieve
su garganta,
le dio el cisne el atavío
de su pluma,
lumbre la aurora, y el río
su plata, cristal y espuma.

-No sigas más la inconstante
mariposa,
enamorada y errante
niña hermosa,
que al fin vendrá a ser cautiva
de tu llama,
si aun amorosa, aunque esquiva,
la luz de los cielos ama.

Y aunque aspira de mil flores
la fragancia,
no imites en tus amores
su inconstancia;
que al fin de tanto vagar,
suele, hermosa,
entre las flores hallar
la hierba más venenosa.

Imita sólo su vuelo,
pues serena,
jamás, niña, toca el cielo,
ni la arena.
Quien se humilla o sin razón
subir quiere,
muere a manos de un halcón,
si a las de un áspid no muere.

Mas ¡ay! que vas en pos de ella

vagarosa,
sin escuchar mi querella,
niña hermosa.
Sigues con presteza tanta
tu contento,
que así encomiendas tu planta,
como mi súplica, al viento.

Y en tan inocente afán,
como su gusto entretienen,
así vagabundas vienen,
y así vagabundas van.

A veces en su embeleso
la mariposa, al pasar,
suele fugaz estampar
sobre su mejilla un beso.

Y rauda su vuelo alzando,
la niña de ángel blasona,
al trazar una corona
sobre su frente girando.

Y siguen acordemente
la mariposa en sus giros
la niña con sus suspiros,
con sus rumores la fuente.

Vagan los aires suaves
formando dobles acentos,
y al grato son de los vientos,
siguen cantando las aves.

Y entre tanta melodía,
tanta corriente murmura,
que es todo el aire frescura,
aroma, luz y armonía.

Y susurrando congojas,
prosiguen mintiendo quejas,
en el pensil las abejas,
en la enramada las hojas.

Y tiernas flores hollando,
y frescas auras batiendo,
la niña sigue corriendo,

la mariposa volando.

LA FLOR DEL VALLE

(Impresiones de un día de viaje)

Flor columpiada entre abrojos,
que en tan apacible calma
trocando estás mis enojos;
tanto me encantas el alma
cuanto suspendes mis ojos.

Y no para mi tormento
quieras divertir mi intento,
que asaz divertido está;
deja a un triste que en el viento
sembrando ilusiones va.

Y aunque hacia ti me encamina
tu purpurino arrebol,
déjame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

Porque, en mi amante locura,
comparándote a mi bien,
al lado de tu hermosura
me hallará la noche oscura,
y el claro día también.

Huyendo voy del amor
y de sus templadas iras;
si voy o no con dolor,
¡bien claro lo miras, flor,
si es que a los ojos me miras!

¡Cual en un pecho afligido
la ya adormecida holganza
despierta un valle florido,
y más cuando está vestido
del color de la esperanza!

¡Qué dulce si canta un ave
con tierno y sentido afán!

¡Si forma el aura suave
sonidos que nadie sabe
si cruzan, vienen o van!

¡Y cómo el alma enajena
el agua murmuradora,
cuando, al tumbarse serena,
roba las conchas sonora
rodando sobre la arena!

¡Qué regaladas dulzuras
la queja en el alma deja,
de aquellas tórtolas puras,
pues se dicen mil ternuras
para decirse una queja!

Y los sentidos atentos
a tan deliciosos sonos,
¡oh, cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos!

¡Bien hayas, pintada flor,
gloria del pintado Abril,
de tan delicado olor,
que extiende el aura sutil
con tus olores, tu honor!

Los rayos del sol te doran;
por ti las aves suspiran;
los céfiros te enamoran,
y los viajeros te admiran,
si las serranas te adoran.

Te prestan son los ambientes,
el plácido Abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Te arrulla el árbol sombrío,
el alba aljófara te llora,
te da la noche rocío,
perlas y espumas el río,
luz y diamantes la aurora.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estás viendo
cruzar por el aire blando,
ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

Y en dulce tropel hirviente
livianos los ecos luchan,
fatigando el manso ambiente,
por repetir dulcemente
lo que dulcemente escuchan.

Y los sentidos atentos
a tan deliciosos sonos,
¡oh, cómo escuchan contentos
las acordadas canciones
de los acordados vientos!

-Al ver tanto bien, mi estrella
me acuerda los que goce
en el regazo de aquella
que loco por bella ame,
y me desprecio por bella.

No es la luz de la mañana
cuando del valle lozana
las plácidas flores pisa,
tan hechicera y galana
como su dulce sonrisa.

Tanto ¡oh flor! se hace temer
el oro de sus cabellos,
que menos es menester
que el que ellos se dejen ver,
para ser esclavo de ellos.

Y más el alma enajena
que el agua murmuradora,
porque es su voz seductora
como las auras, serena;
como las fuentes, sonora.

Tiene, si el alba blancura,
nieve su pecho gentil,
como las palmas, frescura,
cristales su frente pura,

coral su boca y marfil.

Es de las serranas diosa,
dulce afán de los pastores,
tierna amiga de la rosa,
hermana del alba hermosa,
reina de las bellas flores.

- ¡Triste, y con turbado intento,
de todas mis dichas hoy
me alejo, y de mi contento!...
Por eso, flor, en el viento
sembrando ilusiones voy.

Adiós; y no extrañes, flor,
que mis amores te cuente,
porque no hay placer mayor
como el placer que se siente
contando cuitas de amor.

En prueba de mi ternura,
para aliviar mis dolores
toma esta lágrima pura,
a ver si una vez natura
me da por lágrimas flores.

Mas si nacieran así,
fuera, según la abundancia
con que salieron de mí,
todo un pensil la distancia
que media desde ella a ti.

Y así su son los ambientes
te den, y el Abril sus galas,
ruido las mansas corrientes,
oro las rubias zagalas,
plata las serenas fuentes.

Y al valle tu olor prestando,
con muelle calma estés viendo
cruzar por el aire blando,
ya las tórtolas gimiendo,
ya las alondras cantando.

Y adiós; que turbio ilumina
el vespertino arrebol,

déjame, flor peregrina,
que trasponga esa colina
antes que ese monte el sol.

A LA LUZ

SILVA PRIMERA

La mañana

Ya la luz matutina
fantástica, riente,
se asoma peregrina
por el rosado Oriente,
y rica y esplendente
entre risas y perlas se avecina.

En las auras, pasando,
sus levísimas huellas
ligera va estampando,
las nubes matizando,
éstas de nieve, de carmín aquéllas.

Ya las tiñe nevada,
riendo bulliciosa,
ya en sus limpios vapores,
partida en mil colores,
las esmalta rosada,
bella, si colorada,
pero si blanca, hermosa.

Y así pasando leve,
fugaz de nube en nube,
pisando veleidosa
con su fúlgida huella,
ésta con pies de nieve,
con pies de rosa aquella,
la luz de la mañana
por el Oriente sube,
derramando lozana
con grata confusión jazmín y rosa,

Su colorada lumbre,
como tapiz galano,

desde la aérea cumbre
del más alzado monte
tiende risueña hasta el florido llano.
Y discurriendo esquivando
por el vago horizonte,
entre sombras y lejos
tiñe con sus reflejos
la niebla fugitiva;
y así con raudo vuelo
sus vivos resplandores
cruzan el ancho cielo,
cegando estrellas y dorando flores.

Las despeñadas fuentes
su venida celebran
hirviendo transparentes,
y con bullir sonoro,
entre las guijas de oro
cuajando espuma sus cristales quiebran.

El amoroso bando
de céfiros süaves
va por el valle errando,
sin fin multiplicando
los dulces ecos de las dulces aves.

Saludan la alborada
los arroyos corriendo,
los pájaros trinando:
aquéllos las orillas
de perlas guarneciendo,
y éstos al aire blando
plumas y sonos dando.

Ligeras a su luz corren las fuentes;
solícitas susurran las abejas:
los céfiros murmuran transparentes,
y los olmos también, que entre sus hojas
las tórtolas cobijan
que, gimiendo dolientes,
ya exhalan de dolor tiernas congojas,
ya repiten de amor plácidas quejas.

Anuncian su venida
las auras murmurando,
los arboles sus cúpulas meciendo,

las ovejas estáticas balando,
la mar sonora con su ronco estruendo,
con sus lánguidos sonos los ambientes,
con sus cantos los dulces ruiseñores,
bajando de los montes las corrientes,
subiendo de los llanos los pastores.

El prado su verdura
le ofrece cuando huella sus alfombras,
espejo el agua pura,
los árboles sus sombras,
los montes su frescura,
y perlas y colores,
verdor y aroma las modestas flores.

-¡Celeste emanación, reina del día!
aunque en silencio mudo,
si te veo ahuyentar la noche umbría,
yo también te saludo
con toda la efusión del alma mía.

Ven, luz resplandeciente,
cruzando el éter con serena calma,
porque las negras sombras
que en el turbio Occidente
a tu aspecto cobardes se apiñaron,
impuras me dejaron
sin paz los ojos, sin sosiego el alma.

Vea hundirse en el lóbrego Occidente
esa turba de nieblas malhadada
en confuso tropel, y sean nada
al dulce albor de tu serena frente.

Deshaz las sombras, portadoras antes
de regalados sueños,
y que en sus alas de vapor flotantes,
me traen hoy fatídicos ensueños.

Oscurece en tu espléndido camino
las pálidas estrellas,
porque no dude entre ellas
cuál la estrella será de mi destino.

Llévate en pos la desmayada luna,
que tristes para mí sus rayos fueron,

pues mil promesas por su faz me hicieron,
y nunca ¡oh luz! se me cumplió ninguna.

Apaga esplendorosa
de fuegos fatuos los siniestros brillos,
que las alas hendiendo
de la nocturna brisa,
van la amarga sonrisa
de espíritus maléficos mintiendo.

Alumbra los torrentes;
que al escuchar sus desacordes ruidos,
bañado en tierno llanto,
creí que violentos
los encontrados vientos,
arrastraban la fúnebre carroza
del erizado espanto.

Y rica de colores,
y pródiga de rosas y jazmines,
matiza los vapores
que pueblan los ambientes,
porque henchidos de cándida pureza,
imiten relucientes
las alas de los blancos serafines.

SILVA SEGUNDA

El mediodía

Descompuesta en cambiantes
por el éter resbalas
serena luz del cielo
con ilustre decoro,
tendiendo en manso vuelo
las relucientes alas
que engalanan, vistosas,
topacios y diamantes,
como tu albor brillantes,
y fúlgidas y hermosas
ricas cenefas de amaranto y oro.
Cándida fulgurando
tus rayos esplendentes,
vas en tu curso blando

serena matizando
las auras lisonjeras
con visos transparentes,
y limpia reverberas
si en los aires azul, blanca en las fuentes.

Luciendo esplendorosa
la atmósfera enriqueces,
a veces de oro y rosa,
de nieve y grana a veces;
y al repartir galana
ya el oro, ya la nieve,
ya la encendida grana,
con mágicos vislumbres
bordas, pasando leve,
de plata el ancho mar, de oro las cumbre

Y pura y rutilante,
desde tu claro asiento
con vagos resplandores
esclareces brillante
la tierra de colores,
si de llamas el viento;
y arrastrando lumbrosa
de blancos arreboles
el escuadrón lucido,
cruzas el aire, de tu gloria henchido,
con alas de jazmín y pies de rosa.

Alzas el vuelo ardiente
hacia el cenit radiante,
y en él vivificante
blanca te enseñoas,
y con ligero paso,
desde, el risueño Oriente
hasta el ceñudo ocaso,
tu corte luminosa
en alas de tu ardor libre paseas.
Y al fogoso ardimiento,
aunque fogoso, grato,
de tu abrasado aliento,
con magnífica pompa y rico ornato
arden los bosques y se enciende el viento.

Natura, fascinada
al dulcísimo peso

de tan puro embeleso,
se aduerme sosegada.
Ni balan las ovejas,
ni las hojas se mueven,
ni las volantes auras
a murmurar se atreven.
Se ostentan en sus tallos
inmóviles las flores;
tendidos a las sombras,
del soto en las alfombras
se mira a los pastores.
Mudos callan los ecos,
las diáfanas corrientes
débil rumor levantan;
y, con blando reposo
en éxtasis sabroso
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

Tal vez en la espesura
el céfiro despierta
para tejer doseles
de rosas y claveles,
porque en la frente pura
del clavel y la rosa
se mitigue la saña
de la luz enojosa,
cuando estival con profusión nos baña.

Cruzando perezosos
el prado los insectos,
los rayos luminosos
con lánguido desmayo
embelesados miran,
y mil átomos giran
en torno al resplandor de cada rayo.

A flor del agua pura
los peces se levantan
desde el profundo asiento,
y rápidos quebrantan
su límpida clausura
con presto movimiento.
La tersa superficie
se muestra delicada
partida en cien espejos,
y el aire matizando,

bellísimos reflejos
irradia colorada.
En la fuente serena
se mira rodeado,
cada grano de arena
de puros arreboles,
y en fingido traslado
cada gota gentil miente mil soles.

Los ánades sus alas
sobre las aguas tienden,
que cual lustrosos prismas
mil colores desprenden;
y ya azul, ya rosada,
ya de color de nieve,
sutilísima, leve,
la luz brillando, salta
do sus flotantes plumas,
y blanca y azulada,
y de color de rosa,
y esplendida y hermosa,
ligeramente esmalta
las bullentes y cándidas espumas.

Pulidos reluciendo
los purpúreos corales,
los nácares y conchas
y perlas orientales,
con fúlgida armonía,
espléndidos parecen
los blancos arenales
alfombras de brillante pedrería.

La meridiana lumbre
su planta esplendorosa
sobre las nubes sienta,
y allá en la excelsa cumbre
la frente nacarada
de záfiro ornada,
con pompa, majestad y orgullo ostenta.

Vertiendo ardor fecundo,
con pies de rosicler bordando flores,
la luz que tanto adoro
con leves alas de oro
el claro vuelo sigue, henchiendo el mundo

de arreboles y llamas,
y reflejos y visos y colores

-Serena luz: ¡qué hermosa,
arrastrando tu séquito lucido,
cruzas el aire, de tu gloria henchido,
con alas de jazmín y pies de rosa!

Por eso arrebatadas
por beber de tus rayos celestiales
la benéfica lumbre,
rápidas hienden la celeste cumbre
en vistoso tropel las garzas reales.

Por eso transparentes
caminando las fuentes
con sosegadas huellas,
ni murmuran querellas,
ni arrojan perlas, ni rumor levantan;
y sin duda por eso
adormidas con mágico embeleso,
ni el aura vuela, ni las aves cantan.

¡Oh! Corona la esfera
del ardimiento grato
de tu abrasado aliento,
porque al fulgor de tu imperial carrera,
con magnífica pompa y rico ornato,
ardan los bosques y se enciende el viento.

SILVA TERCERA

La tarde

Con agradable paso,
dulce, adorada lumbre,
el noble señorío
cedes del cielo raso
al resplandor sombrío
de las rubias estrellas,
y plegando tus alas
en grata mansedumbre,
recoges ¡ay! con ellas
tu hermosa esplendidez y ricas galas.

Ornada de rubíes,
hundes la tierna frente
en la mar encendida,
y con franjas vestida
de rojos carmesíes,
retocas levemente
la mar de verde y plata,
de azul del ancho cielo,
y, con lucido vuelo,
las nubes de escarlata,
y de esmeralda el suelo.

De las excelsas vías
ligera te desprendes,
y si al nacer subías
de nube en nube osada,
ya mustia y desmayada,
de una en otra descienes,
y en las verdes alfombras
de los profundos mares
tu manto real descolorida tiendes,
cegando luces y engendrando sombras.

Con plácido desmayo
su incendio peregrino,
ya débil, mortecino,
se apaga rayo a rayo;
y leve y rubicunda,
de su fulgor escaso
débilmente se inunda
el esplendente ocaso;
y fulgurando triste,
de la atmósfera vana
el transparente manto
ligeramente viste
con pálidos reflejos,
ya aquí de rosa y grana,
ya allá de nieve y rosa,
acullá de amaranto,
más lejos de oro, y de jazmín más lejos.

Iluminando apenas
el cárdeno horizonte,
con ráfagas serenas
riela esplendorosa

colorada en el monte,
rica en los cielos, y en la mar hermosa.

¡Cómo están despidiendo
del rojo sol las postrimeras lumbres
con desacorde estruendo,
balando los rebaños por las cumbres,
por los valles las tórtolas gimiendo!

Y en alas de los céfiros suaves
formando bandas, por los aires, bellas,
¡oh, cómo en pos de sus brillantes huellas
rápidas van las altaneras aves!

Con lúgubre gemido
solloza el manso viento;
es un ¡ay! cada ruido,
cada voz un lamento.

Los árboles sus cúpulas frondosas
con verde pompa y majestad inclinan,
a impulso de las auras sonoras
que hacia el ocaso tras la luz caminan.

Si alza la noche su atezado manto,
la luz huyendo, sus horrores dobla;
si gime un ave en dolorido canto,
el eco gime, y su plañir redobla.

Quejas levanta al murmurar doliente
fugaz el aura en apacibles giros,
y al trasmontar la luz, son de la fuente
las aguas llanto, y el rumor suspiros.

¡Ay! no es así cuando a los frescos llanos
bajan al alba en celestial decoro
sílfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñen con guirnaldas de oro.

Plácida entonces entre flores gira
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respira
amor la selva, y la pradera amores.

La niebla entonces por el manso viento
se adorna de los rayos matutinos,

y entonces se oyen con sabroso acento,
en vez de quejas, amorosos trinos.

-¡Sombras, que osadas hacia el rubio ocaso
camináis tristemente
tardías, refrenad el negro paso;
que aun brillan, cual lucientes atalayas,
del yerto monte las robustas hayas!

¡Refrenad, bando impuro,
el paso acelerado,
templando los horrores
de vuestro manto oscuro;
que aun miro alborozado
del claro sol al resplandor propicio,
si alfombras huella de olorosas flores,
o la orilla tal vez de un precipicio!

No importa que de estrellas,
al parecer tan bellas,
bordéis esplendorosas
las alas tenebrosas;
sus pálidos reflejos
son mentidos espejos;
y el brillo afrentan de las más preciosas
las falsas piedras, si se ven de lejos.

Mas ¡ay! que con tu corte refulgente,
luz de mis ojos, te abismaste en tanto...
¿Por qué, si al trasmontar, son de la fuente
ayes los sones, y las aguas llanto?

Vuelve otra vez, porque a los frescos llanos
bajen al alba en celestial decoro
sílfides blancas, que con rubias manos
la aurora ciñan con guirnaldas de oro.

Vuelve, y que entonces entre flores gire
ligera el aura despertando olores,
y regalada del frescor, respire
amor la selva, y la pradera amores.

La guirnalda

Dar pretendo a la más bella,
que menos sepa de amores,
una guirnalda de flores,
y mi corazón con ella.

Niñas de los ojos bellos,
al triunfo optad las primeras,
si al par contáis hechiceras
las gracias y los cabellos.

Venid sin vanos aliños
con ella a ser coronadas,
hermosas como las hadas
con quien soñamos de niños.

Palma del mejor modelo
será esa guirnalda hermosa,
que al aire ondea graciosa,
mintiendo el iris del cielo.

Listadas de azul y gualda
sus bellas flores nacieron;
jamás las gracias tejieron
tan peregrina guirnalda.

Ved las auras amorosas
¡cómo vagando la mecen!
ved ¡qué conformes parecen
entre los lirios las rosas!

Con los azahares distinto
junta el clavel su carmín,
y entre jazmín y jazmín,
salta el color del jacinto.

¡Cómo en la tierna guirnalda
concuerdan con dulce agrado
con el matiz más nevado
la más subida esmeralda!

¡Y cuán gallardas las flores
dan, con gentil movimiento,
capullos y hojas al viento,
frescura, esencia y colores!

Si alguna, entre tanta bella,

aspira al don soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su sien con ella.

Mas cuide no se la ciña
sin ser de beldad modelo,
pues pagara, vive el cielo,
su inadvertencia de niña.

Que nadie el don halagüeño
sin causa podrá alcanzarlo,
pues se deshace al tocarlo,
como la dicha de un sueño.

De alguna sé que la palma
ganar en la lid podría...
Mas cesa, esperanza mía,
no así me inquietes el alma.

Que no han de empañar ahora,
al recordar mis amores,
otras lágrimas las flores
que las que les dio la aurora.

Esa florida guirnalda,
ya despojada de abrojos,
ha de hechizarme los ojos
sobre la tez de una espalda.

Venid, venid, peregrinas,
matando, niñas, de amores.
justo es que gocéis las flores
alguna vez sin espinas.

Y no diréis que inhumano
vuestro placer no prevengo,
cuando por vosotras tengo
llena de heridas la mano.

¿Y a quién, al verla, no asombra
esa guirnalda gentil,
tan vaga, aérea y sutil,
que, opuesta al sol, no hace sombra?

Del cielo la transparencia
afrenta, así desplegada,

de aire y matices formada,
lumbre, contornos y esencia.

Cual las esperanzas mías,
tiene su verde frescura,
y tan fresca su verdura
como el abril de mis días.

Aun no ajaron sus colores
del céfiro los arrullos,
ni el huracán sus capullos,
ni las abejas sus flores.

Y con tenue movimiento,
jamás tocaron sus galas
ni del ruiseñor las alas,
ni los gemidos del viento.

Naciente, pura y hermosa,
se ostenta con pompa suma
tan fresca como la espuma,
tan suave como la rosa.

Y fresca y suave y pura.
sobre los aires flotando,
desde hoy la dejo esperando
la reina de la hermosura.

Por esto si alguna bella
merece el don soberano,
levante airosa la mano,
y ciña su sien con ella.

A FELISA

El día de su boda

Aunque a la aurora temores,
y al mismo sol des enojos,
te sientan con mil primores
la languidez en los ojos,
y en el cabello las flores.

Muestran tantas maravillas
los diamantes en tu cuello,

las rosas en tus mejillas,
que con real ornato brillas
desde la planta al cabello.

Y aunque arreo tan brillante
dé a tu belleza decoro,
¡ay, que en tu lindo semblante
oculta cada diamante,
bella Felisa, un tesoro!

Vertiendo dulce sonrisa,
no ocultes los ojos bellos,
porque te dirán con risa
que ya leyeron, Felisa,
tus pensamientos en ellos.

Embebecida y errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Ya sé que en este momento
las niñas en dulce calma
oyen, con turbado intento,
cosas que murmura el viento
y escucha gozosa el alma.

Ya sé que el cielo abandonan
los ángeles, y que hermosos
de luz su frente coronan,
y dobles himnos entonan,
de su hermosura envidiosos.

Sé que en sus ojos se encantan,
y que en torno se revuelven;
acentos de amor levantan;
las llaman hermosas; cantan;
besan su faz, y se vuelven.

Y en este instante de gloria,
con recuerdos seductores,
ya sé que por su memoria
pasan la amorosa historia
de sus pasados amores.

Por eso, Felisa, errante
vagas con planta insegura,
cual si escucharas amante
el céfiro susurrante
que entre tus bucles murmura.

Dime si tal vez, hermosa,
en esa ilusión tranquila
probando estás amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

Di si en tus ojos se encienden
los ángeles; si contento
te causa tal vez su acento;
y si mirándote, tienden
las blancas alas al viento.

Di si recuerdas, Felisa,
las canciones que sonaron
en tu calle, y se apagaron;
¡que por Dios que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron!

Ya no escucharás cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Que os es muy grato a las bellas
al son del arpa importuna
oír amantes querellas,
ya al brillo de las estrellas,
ya al resplandor de la luna.

Y os place ver derramados
cantos de amor por los cielos,
porque causen acordados
a otras hermosuras celos,
y a otros galanes cuidados.

Y oís las trovas de amores,
en vuestro lecho adormidas,
como los vagos rumores
que hacen al ondear las flores,

de vuestras rejas prendidas.

Y al despertar, con empeños
tal vez pensáis que, halagüeños
os dan, cantando, placeres,
esos dulcísimos seres
con quien platicáis en sueños.

-Mas ¡ay, que ya se apagaron
aquellos cantos, Felisa,
que en tu alabanza sonaron!
y por Dios, que bien aprisa,
siendo tan dulces, pasaron.

Pasaron los amadores,
llevando sus falsas llamas;
tiempo cos que libre de azores
trate, Felisa, de amores,
la tórtola entre las ramas.

Ya no escucharás, cual antes,
allá en las noches serenas,
sobre los aires flotantes,
las sabrosas cantilenas
de los rendidos amantes.

Las rosas que con pasión
hoy te prendiste galana,
las últimas rosas son
que columpió en tu balcón
la brisa de la mañana.

Si ya con plácidas glosas
tu pecho nunca se embriaga,
aun hay canciones gustosas,
con que a las tiernas esposas
el aura nocturna halaga.

Si trovas no están rompiendo
tus sueños, como hasta aquí,
los romperá el dulce estruendo
de algún pecho que gimiendo
esté, Felisa, por ti.

Y unos sones muy callados
oirás cruzar por los cielos,

sin que causen, acordados,
ni a otras hermosuras, celos,
ni a otros amantes, cuidados.

Y a cada momento, hermosa,
en grata ilusión tranquila,
podrás probar amorosa
la dulce miel que destila
el dulce nombre de esposa.

TU RISA

Agite placentera
la risa veleidosa,
como el aura ligera,
tus mejillas de rosa.
Descienda fugitiva
por la serena frente,
ya desaparezca esquiva,
ya torne de repente,
ya en fantástico vuelo
vague, en torno girando,
ya, dando tregua al duelo,
huya y torne fugaz, fugaz pasando.

Y después amorosa,
luego que haya tocado,
ya el labio colorado,
ya la mejilla hermosa,
aérea, rutilante,
como leve ambrosía,
venga a caer amante
en lo más hondo, al fin, del alma mía.

EL ARROYO

Arroyo sosegado,
que al resbalar so la enramada bella,
murmuras acordado,
rico de espejos, si de aromas ella,
en vagos resplandores
confundiendo tus visos con sus flores,

Ayer cuando naciste,
eras pequeño manantial sin brío,
después arroyo fuiste;
luego serás en la floresta río,
y más allá corriente
que el mar arrostres con soberbia frente.

Apresurado llega,
al par de las clarísimas cascadas,
a la cercana vega,
que a su placer descienden reclinadas
con brillante decoro
en blandos lechos de esmeralda y oro.

Prosigue; que a tu lado
gimiendo iré, cuando fugaz murmures,
y de mí acompañado
hasta el valle serás, aunque apresures
tu cristalina marcha
con frente de ovas y con pies de escarcha.

Los dos con dulce estruendo
iremos, tú placeres murmurando,
yo pesares gimiendo;
y nuestras voces a la par alzando,
serán tus alegrías
rémora acaso de las penas mías.

Cuéntame dó luciente
bordaste de tu linfa cristalina
el manto transparente
de tanta perla y esmeralda fina,
y con belleza suma
de dónde arrastras tu nevada espuma.

Cuéntame si brotaste
al pie de un sauce o de elevado pino;
los prados que cruzaste;
cuántos mármoles viste en tu camino;
las flores que bañaron
tus frescas aguas, y a su humor brotaron.

Dime las dulces aves
que de los olmos de tu blanda orilla
te cantaron süaves,
y las sierpes que al verte sin mancilla

vertieron su veneno
para poder cruzar tu limpio seno.

Dime si las zagalas
tus claras urnas ilustrando viste
sin inútiles galas;
y cuéntame los sueños que infundiste
al oír los pastores
el dulcísimo son de tus rumores.

Que yo te iré contando
mis cortos bienes y mis luengos males.
-Mas ¿la vega mirando,
presuroso despeñas tus cristales
y rápido te alejas?
Bien haces ¡ay! por no escuchar mis quejas.

-¡Qué hermosa está la vega,
cuando bañada de feraz rocío,
fructífero la riega
el ámbar celestial de tanto río,
sobre su nácar blando
la clara luz del sol reverberando!

Las aguas transparentes,
formando al oscilar claros espejos,
los delgados ambientes
arrebolan de mágicos reflejos,
que ya azules, ya rojos,
embelesan extáticos los ojos.

¡Mil veces venturosas,
tan henchidas de honor, como abundantes,
corrientes sonoras,
que pagando tributos en diamantes,
camináis sosegadas,
de palmas inmortales coronadas!

Y así con tal premura
con las aguas medréis de las praderas,
que, al ver tanta hermosura,
espantada abandone sus riberas,
y ceda a vuestro brío,
reprimida la mar, su señorío.

Seguid, claras corrientes,

con dulces y suavísimos rumores,
poblando los ambientes
de reflejos y débiles vapores,
que como frágil velo
los rayos templen de la luz del cielo.

Y a ocultar en los mares
que llevéis estas lágrimas os pido,
fruto de mis pesares,
y último resto de mi afán perdido,
si acaso por ser mías
no las desdeñan vuestras ondas frías.

Mi harén en Andalucía
El alba la luz temprana
turbados mis ojos ven,
¿y aun a estas horas, sultana,
desierto tienes mi harén?

¿De cuándo acá, vida mía,
a desterrar mis enojos
viene antes la luz del día
que el resplandor de tus ojos?

Olvida amantes agravios,
y ven, sultana, a mi lecho,
con la sonrisa en los labios
y la ternura en el pecho.

Ven; que ya libre de penas,
te ofrezco en amante lazo
amor en vez de cadenas,
y en vez de hamaca un regazo.

Tus dulces labios en calma
aspiren con tierno afán
estos suspiros del alma
que a ti de su centro van.

Y para darte más gloria,
tristes verdades mintiendo,
voy a contarte una historia
que anoche forjé durmiendo:

-«Era una hermosa sultana
de talle esbelto y galán,

que ha cautivado inhumana,
siendo cautiva, al sultán.

Jamás su altivez sentía
por su cautiverio enojos,
porque la ingrata tenía
la libertad en los ojos.

Y aunque tan cruda la bella
pagaba al amante fiel,
nunca el rigor de su estrella
maldijo en sus cuitas él.

Que al hado acusar de impío,
después de amantes reveses,
es conjurar al estío
que ya ha abrasado las mieses.

Y en las revueltas de amor
tan mal el amor nos paga,
que está en más el agresor
que hace más honda la llaga.

En la memoria grabando
el cuento ve, que es tan cierto,
como el que forja soñando
lo que le pasa despierto.

Libre ella, y él en su afán,
vivían hoy y mañana,
así rendido el sultán,
y exenta así la sultana.

Siempre llamaba antes que ella
a sus ventanas el día,
y con los suyos la bella
jamás sus labios ungía.

Y eso que el triste en su agravio,
por más que su fe te asombre,
sólo secaba su labio
mentando en sueños su nombre.

¡Ay del mortal que en sus sueños
no acuden a darle holganza
esos fantasmas risueños,

fruto de nuestra esperanza!

¡Ay del sultán que en su pena
cultiva locos amores,
como un erial, cuya arena
ni cría césped ni flores!

¡Triste de aquel que su amada
junta soñando a su pecho,
y al despertar, olvidada
ve la mitad de su lecho!

Libre ella, y él en su afán,
vivían hoy y mañana,
así rendido el sultán,
y exenta así la sultana.»-

Mas, vive Dios, que en mi gloria
loco de amores creía
que oyendo estaba la historia,
ebria de gozo la mía.

Creendo verla soñando,
mis cuitas de amor la cuento,
y por Alá que estoy dando
satisfacciones al viento.

Que llamen a mi sultana,
si acaso está en los jardines,
pues ya escucho a su ventana
trinando los colorines.

Decidla que de pasada
van, en conciertos süaves,
echándola la alborada
hacia las selvas, las aves.

Ven a quien triste delira,
sultana, y verte desea;
que aquí mi pecho suspira,
si allá el ruiseñor gorjea.

Ven, que ya sueltan rumores,
formando en tu ausencia quejas,
los ramilletes de flores
que anoche colgué en tus rejas.

Y si te place estar viendo
los rayos matutinales,
¿a qué te alejas, teniendo
tus miradores cristales?

Mira desde ellos, si tienen
cosa que alegre tu afán,
como las luces se vienen,
como las sombras se van.

Las plácidas flores mira
cual mueve el aura insegura
que entre las peñas suspira,
y entre las ramas murmura.

Y en su correr transparentes,
y en su revolar süaves,
cantando al son de las fuentes,
poblar los sotos las aves.

Mira en hermoso atavío
rico de galas el suelo,
de algas y conchas el río,
luz y colores el cielo.

Y mira rindiendo amores
hoy a tus pies reverentes
cautivos, árboles, flores,
céfiros, aves y fuentes.

Y mira hamacas prendidas
de las palmas;
¡cuándo estarán así unidas
nuestras almas!

Y cómo alegres en ellas
las cautivas
se están meciendo, tan bellas
como esquivas.

Van del ambiente las alas
regalando,
de extremo a extremo sus galas
columpiando;
y aunque oyen de sus cadenas

el estruendo,
están al menos sus penas
adurmiendo.
Flotando en muelles arranques
van las plumas,
como en rizados estanques
las espumas.
Templa del aire el arrullo
sus congojas,
si las inquieta el murmullo
de las hojas.

Y van por las auras vagas
en su vuelo,
como pudieran las magas
por el cielo;
o como allá en alta noche
placentera
rueda la luna en su coche
por la esfera.

Sultana, ve a columpiarte
voluptuosa;
no haya moro que al mirarte
tan hermosa,
no trueque en grata blandura
su braveza,
y no incline con mesura
la cabeza.

Y forma con las cautivas
tiernos lazos,
puesto que el columpio esquivas
de mis brazos;
tú que en pureza acrisolas
los azares,
serás el cisne en las olas
de los mares.

Y cual el pájaro amante
que su nido
sobre la rama ondulante
ve mecido,
te miraré ya marchando,
ya viniendo,
ora si vas, sollozando;

ora si vuelves, gimiendo.

Mas deja el columpio erguido,
y ese brillante arrebol,
que ya en el cenit tendido
tus ojos ofende el sol.

Ven a mi harén apiadada,
donde te aguarda esplendente,
con profusión derramada,
toda la gala de Oriente.

Ya busca el agua saltando
del prado la verde alfombra,
y, el vulgo de aves sonando,
entre las palmas la sombra.

La mar apenas murmura,
y alzan muy débil acento
las aguas en la llanura
y en las montañas el viento.

En su lujoso atavío,
los cisnes, con pompa suma,
cruzan las aguas del río
durmiendo en lechos de espuma.

El ruiseñor en su nido
del sol esquiva las llamas,
y entre las hojas dormido
no agita el viento las ramas.

Ven adonde halles las flores
que cría el valle más puras,
y plumas de mil colores,
como tu fe mal seguras.

Y espejos que serán parte
para templar tus enojos,
pues que rehúsas mirarte
en el cristal de mis ojos.

También historias galanas
te contaré en mis afanes,
donde hay ingratas sultanas
y enamorados sultanes.

Verás en ornato bello,
si a tal primor no te asombras,
corales sobre tu cuello,
bajo tus plantas alfombras.

En mis brazos regalados
habrán de adormir tus penas,
las aves desde los prados,
desde la mar las sirenas.

Y con canciones livianas
mitigarán tus dolores,
las auras en las ventanas,
en los jardines las flores.

Entre tan tiernas canciones
te ofrecerán con anhelo,
los aires plumas y sonos,
galas y alfombras el suelo.

Y cuando en volubles giros
dándote estén lisonjeros,
perfumes los pebeteros,
y música mis suspiros.

Agitarán con sus alas
en torno de ti los vientos
músicas, plumas y cuentos,
flores, perfumes y galas.

Un no sé qué
Tu dulce rostro, mi bien,
fuera mi dulce consuelo
si algunas veces también
no lo empañara el desdén,
como las nubes el cielo.

Depón tu ceño piadosa,
y el puerto consolador
sé de mi esperanza, hermosa;
que el aura es poco amorosa
cuando aja un almendro en flor.

Al ver tu frente galana,

dudo si mi pecho adora
la blanca tez soberana,
o dudo si me enamora
de tus mejillas la grana.

Tus cabellos me encadenan;
lumbre tus ojos fulguran;
tus acentos me enajenan,
que como el aura murmuran,
y como el céfiro suenan.

Bien sé que en ornato bello
(¡pese a mi esperanza loca!)
muestra diamantes tu cuello,
flores y aroma el cabello,
perlas y néctar tu boca.

Y de la frente a la planta
sé que encantas, pero a fe
que al mirar delicia tanta,
cuando todo en ti me encanta,
lo que me encanta *no sé*.

Porque aunque hay ojos lumbrosos,
cual los tuyos halagüeños,
dulces, lánguidos, hermosos,
como la luz amorosos,
y como el alba risueños.

Jamás al verlos deliro,
por más que plácidos giran;
y cuando los tuyos miro,
más tiernamente suspiro,
cuanto más tiernos me miran.

Ese rostro sin igual
tiene para mi tormento
un no sé qué celestial,
tan extraño como el mal
que al verlo en mi pecho siento.

Es manantial de alegría
con que en vaga incertidumbre
sueña el alma noche y día;
es para el labio ambrosía,

y para los ojos lumbre.

Centro de mis esperanzas,
que al mirarlo, a su despecho,
entre amorosas holganzas,
el labio suelta alabanzas,
y tiernos ayes el pecho.

Es risa que se dilata
por tu faz encantadora
¡tan sutilísima y grata!...
que todas las risas mata,
como a los astros la aurora.

Gira, pasa, vuelve, y leve
tus labios apenas toca:
y en vuelo rápido mueve
ya de tu frente la nieve
ya el rosicler de tu boca.

Y cual el aura bullente
mueve las flores sencillas,
ella así rápidamente
los labios mueve y la frente,
párpados, tez y mejillas.

LA RUEDA DEL AMOR

Recuerdos de un día de campo

Aquellas niñas hermosas
que en suma beldad conformes,
teniendo la tez cual nieve,
tengan los ojos cual soles,
y el alma sintiendo, tiernas,
herida de mal de amores,
tanto les falte de esquivas,
cuanto de bellas les sobre,
salgan al campo conmigo
ricas de gracias, adonde
favor al Mayo risueño
las brinden, con gracias dobles,
corrientes aguas los valles,
frescos doseles los bosques,

con su verdura los campos
y con su esencia las flores.

Oiréis sonar encontrados,
y aunque encontrados, acordes,
los enamorados trinos
de músicos ruseñores,
cuando en sentidos acentos
mustias las tórtolas lloren,
dando en su vuelo a los aires
matices, plumas y sones.

Venid, y hagamos la rueda
llamada de los amores
(que al aprenderla de niño,
no la olvide desde entonces),
las ricas flores hollando,
y el aire hendiendo veloces,
el aire con los cabellos,
y con las plantas las flores.

Las blancas manos asiendo,
y tan blancas, que las cortes
nunca tan nítidas manos
dan a sus reyes en dote,
en torno agitada festivas
los aires murmuradores;
que yo vendaré mis ojos,
haciendo del día noche.

Volad, palomas; que osado
yo espantaré los halcones,
si alguna vez para heriros
muestran sus garras feroces.
Volad, que a la que esta rama,
pasando furtiva, toque,
con la venda de mis ojos
habrá de nublar sus soles.

-¡Oh, qué triste es nuestros ojos
cubrir de sombras informes,
y no sentir de los vuestros
los penetrantes arpones,
ni ver con ansias mortales
de vuestra faz los colores,
ni sobre el aura, al tenderlos,

de vuestros talles los cortes!

Niñas, corred; que aun no escucho
con plácidas emociones
de vuestras ropas flotantes
los sutilísimos roces;
y aunque me pesa en el alma,
no siento los corazones
que muellemente se agitan
bajo esos pechos de bronce.

Volad, palomas; que osado
yo espantaré los halcones,
si alguna vez para heriros
muestran sus garras feroces.
Volad, que a la que esta rama
pasando furtiva, toque,
con la venda de mis ojos
tendrá que nublar sus soles.

Mas ¿cómo sin dar amante,
a vuestro enojo ocasiones,
huís, dejándome solo,
sin advertirme por dónde,
tal que siquiera dejasteis,
pasando como ilusiones,
ni removida la arena,
ni destroncadas las flores?

Sin duda en mágico vuelo,
como celestes visiones,
entre la grama y los aires
os deslizasteis veloces,
huyendo mi fe constante,
pues vuestros pechos traidores
tienen el aire por guía,
y la inconstancia por norte.

¡Una y mil veces mal haya
quien de vuestras invenciones
amante se fía, y de ellas
la falsedad no conoce!
Y más que en tanto a la sombra
de esos altísimos robles
maldiga yo vuestro agrado,
y mis desagradados lllore;

vosotras entretenidas
mirad las aguas que corren;
que bien esta vuestra fe
con su inconstancia conforme,
pues no hay onda que no agiten
a cualquier viento que sople,
ni conchas que no remuevan,
ni árbol ni flor que no mojen,
ni campos que no dibujen,
ni imágenes que no borren,
ni risas que no deshagan,
ni círculos que no formen.

Mas luego que el sol sus rayos
extienda en el horizonte,
haciendo en las nubes iris
tocando el mar de colores;
y luego que en regia pompa
parezcan a sus fulgores
mares de sombra los valles,
y mares de luz los montes,
vendréis a buscar frescura
cuando el calor os agobie,
y me tendréis que encontrar,
aunque no queráis entonces;
y yo a la sombra tendido
de estos altísimos robles,
no os he de dejar el puesto,
por más que tierno os adore,
ni miraré enamorado
de vuestra faz los colores,
ni sobre el aura, al tenderlos,
de vuestros talles los cortes;
y no vendaré mis ojos,
mas que en no hacerlo os enoje,
y hasta ahogará mis suspiros,
aunque con ellos me ahogue.

Haré todo esto que digo,
y mas que veréis entonces,
y a fe de amante lo juro
por esas aguas que corren.

LA ACCIÓN DE BELASCOÁIN

(Canción dedicada al bizarro General
Don Diego León, conde de Belascoáin)

Helos allí ganando
la alta cerviz de la empinada sierra,
en pos del fiero bando
que de ella huyendo, y proclamando guerra,
va en las nubes buscando
una segura vía,
pues ya su cobardía
no encuentra asilo en la espaciosa tierra.

Ved a León, en su furor tremendo,
gritar desde la altura:
«¡Guerra, soldados! del cañón horrendo
al fúnebre tronar, la lumbre pura
del sol mil nubes condensadas cieguen;
de púrpura humeante
montes y valles sin piedad se aneguen;
el Arga murmurante
restos humanos cuajen;
de sangre palpitante
tantos arroyos de las cumbres bajen,
cuantos soldados a las cumbres lleguen.»

A su voz respondiendo
bronco el cañón, majestuoso suena,
que de un disorde estruendo
hincha los valles y los campos llena;
y fugaz discurriendo
ya en el vago horizonte,
ya desde el prado al monte,
todo el contorno en derredor atruena.

Del ronco son, que libertad pregona,
la alta montaña herida,
estremece su rústica corona,
de pinos, hayas y laurel tejida.
Huye el rebelde, y entre riscos quiere
guardar la vida odiosa;
que la vida al honor el vil prefiere.

Mas en su cueva umbrosa
le sorprende espantado
una muerte afrentosa;

y el último ¡ay! del huracán llevado,
como su orgullo, en el espacio muere.

¿Tan vilmente se humilla,
y osa a los libres imponer sus leyes
esa infernal cuadrilla?
¡Dignos vasallos de tan dignos reyes!

¿A la alzada cuchilla
se rinden del verdugo?
¡No será leve el yugo
que agobie el cuello de tan mansas greyes!

Levantad la cerviz que de un tirano
huella la inmunda planta,
y torpes no llenéis el nombre hispano
de tanto oprobio, de ignominia tanta.

De esos ilusos desechad el ruego;
que el premio de afán tanto,
entre cadenas os lo guardan luego.
Mas huid con espanto,
huid, turba obcecada;
yo os execro en mi canto;
la luz de la razón os es privada;
que torpes sois, y el fanatismo es ciego.

Seguid hasta la cumbre,
libres soldados, la canalla impía,
y en fiera muchedumbre
baje rodando de la selva umbría.
La negra servidumbre
purgad del patrio suelo;
que no suban al cielo
votos que afrentan a la patria mía.

Derrocad ese trono que sustenta
tantos ídolos falsos,
en derredor del cual, por más afrenta,
la baja adulación sembró cadalsos.
¡Guerra, soldados! su ominosa vida
rinda el vil en ofrenda.
¡Guerra! y no el alma a compasión movida
vuestra espada suspenda.

De esa cobarde gente

no os prometáis la enmienda:
quien servil una vez doblo la frente,
nunca el camino del oprobio olvida.

Ya el doblar aguerrido
del trémulo atambor se va atenuando,
y el hórrido estampido
se trueca del cañón en eco blando.
El humo ennegrecido,
que, como denso velo,
roba la luz del cielo,
raudo disipa el aquilón soplando.

El Arga turbio en campos de esmeralda
se arrastra ensangrentado,
y afean charcos de carmín y gualda
el verde esmalte del florido prado.
Cadáveres sin fin del monte frío
coronan el altura;
cadáveres sin fin del soto umbrío
ocupan la llanura.

Ya el estruendo se aleja;
cesó la guerra dura;
sólo en el valle, como en son de queja,
callan los ecos y murmura el río.

TU BOCA

Para formar tan hermosa
esa boca angelical,
hubo competencia igual
entre el clavel y la rosa,
la púrpura y el coral.

Mintiendo sombras de bien,
en ella el mal se divisa,
por lo que juntos se ven
ya la apacible sonrisa,
ya el enojoso desdén.

Y en los senos abrasados
engendra con doble holganza,
o con tormentos doblados,

cada risa una esperanza,
cada desdén mil cuidados.

Cual las conchas orientales
es tu boca, y por vencerlas
muestra en riquezas iguales,
cuando desdeña, corales,
y cuando sonrío, perlas.

Y si con sombras de bien
tal vez el mal se divisa,
es porque en ella se ven
guardar la miel de su risa
las flechas de su desdén.

Si a mí su rigor alcanza,
al ver su hermosura, siente
el corazón doble holganza;
y aunque un desdén me atormente,
deme una risa esperanza.

¡Bien haya la dulce boca,
que sólo sus frescos labios
el aura pasando toca;
que haciendo al ámbar agravios,
su miel a gustar provoca!

¡Oh, bien haya cuando ufana
dando enojos a la rosa,
muestra su cerco de grana,
fresca como la mañana,
como el azahar olorosa!

Y si acaso dulcemente
suelta plácidas congojas,
ya es el rumor del ambiente,
ya el susurro de las hojas,
ya el murmurar de la fuente.

Si alegres sonos respira,
las aves del prado encanta;
y si a vencerlas aspira,
con las que gimen, suspira;
con las que gorjean, canta.

Tu miel, aroma y colores,

rinde en amante oblación,
flor, ante cuyos primores,
mustias e inútiles flores
las flores del valle son.

El néctar más regalado
deja que de amores loco
beba en tu labio abrasado;
para una abeja es sobrado
lo que para muchas poco.

Mas ¡ay! que vertiendo quejas,
me esquivas tu dulce miel;
en vano de una te alejas
si ves que miles de abejas
poblando van el vergel.

¡Ay de la rosa encarnada,
que en su seno de carmín
niega a una abeja la entrada!
Tantas la acosan al fin,
que queda sin miel, y ajada.

¡Ay de las cándidas flores,
si alzan su capullo tierno
del estío a los ardores!
¡Ay del panal, si el invierno
lo hiela con sus rigores!

Dame los gustos sin tasa,
pues ves que el sol estival
las tiernas flores abrasa:
mira que amarga el panal
cuando de sazón se pasa.

Ríndete a mí placentera:
no te rinda con agravios
de abejas la turba fiera:
que herir esos dulces labios
herirme en el alma fuera.

De ese tesoro las llaves
dame, y sus dones ardientes
libaré en besos süaves,
sin que lo canten las aves,
ni lo murmuren las fuentes.

LAS SIRENAS

Oyendo un dulce cantar
que el corazón me cautiva,
alegre, abajo y arriba
cruzo las playas del mar.

Pues no hay recuerdos ni penas
que no revista de encanto
ese dulcísimo canto
de esas que llaman sirenas,

Aunque a sus tiernos cantares
ensayen rudos concentos,
bramando roncós los vientos,
sordos mugiendo los mares.

Mirando al agua, las horas
paso en la fresca ribera,
por ver las sombras siquiera
de tan divinas cantoras.

Mas aun no sé cuándo bellas
hienden las ondas esquivas,
ni si deslizan furtivas
sobre las aguas sus huellas.

Jamás las vi entre la bruma
cruzar los aires sutiles,
ni adormecerse gentiles,
meciendo esquifes de espuma.

Ignoro si divertidas,
cuando las ondas se amansan,
tal vez alegres descansan
sobre las rocas tendidas;

Y cuando horrísono ensaya
hondas tormentas el mar,
tampoco sé si a buscar
vienen asilo a la playa.

Voy, por mirarlas a solas,

de roca en roca saltando,
y al desbravarse, mirando
una por una las olas.

Mas nunca en la densa bruma
llego a mirar las sirenas,
ni en las revueltas arenas,
ni en rocas, aguas ni espuma.

Y sólo llego a escuchar
cómo responde entretanto
al dulce son de su canto
con broncos tumbos el mar.

Mas ¿quién sabe si en rocas ni en arenas,
será el buscarlas importuno intento,
por ser esas dulcísimas sirenas
los quiméricos seres de algún cuento?

Y si quimeras son, ¿cómo o de donde
se elevan esos plácidos cantares,
a cuyo ruido celestial responde
el bronco son de los revueltos mares?

¿Y por qué entonces incesante giro
de playa en playa, delirando a solas,
y una por una embelesado miro,
al desbravarse con furor, las olas?

¿Por qué prendado de la mar sonora,
al fresco borde de su margen fría,
las sombras al bajar, me halla la aurora,
y la noche al subir, me deja el día?

Sin duda que en sus huecos inmortales,
en aposentos de esmeraldas finas,
otra raza de seres celestiales
ilustra sus moradas cristalinas.

Porque un recuerdo, en mi ilusión de gloria,
me despierta, bramando, el mar profundo,
y un niño solo tiene en su memoria
angélicos recuerdos de otro mundo.

-Cantad y refrenad, hondas sirenas,
el furor de los bravos aquilones,

aunque no os vea en rocas ni en arenas,
seáis sombras, recuerdos o visiones.

Cantad y refrenad los vendavales
que el manto arrugan de la mar tendida,
y en alas de esos cantos celestiales
llevad hasta su término mi vida.

De la existencia por el mar horrendo
mi nave conducid a toda vela,
no cual tardo reptil que va gimiendo,
como el ave que canta cuando vuela.

En palmas me llevad, cual los bajeles
que guiáis a las playas mas remotas;
así os formen bellísimos doseles
con sus alas las blancas gaviotas.

-Cantad, sirenas; de la mar sonora
al ronco son alzad vuestra armonía,
como al fulgor de la naciente aurora
murmullos alza la floresta umbría.

Muévaos el ver como incesante giro
por veros en las vastas soledades;
y aunque fantasmas sois con quien deliro,
son los sueños mis dulces realidades.

Hay almas como la mía,
que no aquejan pesadumbres,
y pronto, si las aquejan,
su grave peso sacuden.

Almas felices en todo,
que sólo sus gustos cumplen
siguiendo tantos placeres
cuantos pesares rehuyen.

Almas, en fin, que no hay pena
que felizmente no endulcen,
próximo mal que no espanten,
lejano bien que no busquen;

que siempre los serafines
ven en los aires azules;
junto a las verdades, sueños;

entre las tinieblas, luces;

flores sin fin en los llanos,
fuentes y luz en las cumbres,
en los estanques sirenas,
y sílfides en las nubes.

Dichosas almas que tienen
el delirar por costumbre,
y siempre hermosas visiones
con tierno afán las circuyen;
que penetrando en el cielo,
roban osadas su lumbre,
y luego pintan el mundo
con un color que seduce.

-¡Y a la verdad, es muy triste
mirar con ojos comunes
las ásperas realidades,
sin los mágicos vislumbres
con que las visten las almas,
del cielo robando el lustre,
porque esmaltadas, los rayos
de nuestros ojos no ofusquen!

¡Es triste dejar la senda
que césped y flores cubren,
para seguir un camino
que abrojos su paso obstruyen;
y no que aunque al fin se acerquen,
y la existencia aventuren,
las almas como la mía
en alas de los querubenes
caminan al ¡ay! postrero
por esas sendas ilustres
que noblemente trazaron
entre la tierra y las nubes!

Por eso junto a los mares,
aunque fatídicos mugen,
oigo un son como el del aire
que entre los árboles fluye,
y miro chocar las ondas
que en su furor se destruyen,
y las espumas que cuajan,
y las riberas que cubren,

todo por ver las sirenas;
y ni en las aguas volubles,
ni en los diamantes que arrojan,
ni en la arena que sacuden,
ni en las altísimas rocas
donde su rabia destruyen,
las llevo a ver en mi anhelo,
cantando con sus laúdes;
pero las creo, aunque acaso
de su existencia se dude,
porque en crearlas el alma
con todos sus gustos cumple,
y porque también he visto
que las verdades sucumben
ante el aspecto risueño
de unas mentiras tan dulces.

Por eso en los hondos valles
no hay muelle son que no escuche,
delirio que no me halague,
verdad que no me repugne;
ni oigo un ave que pintada
quejas de amor no divulgue,
cuando dulcísimas pueblan,
cantando, los abedules.

Alegres nuevas me traen
los pájaros transeúntes;
me es plácida cualquier brisa,
y cualquier aire perfume.
Y aunque estos y otros placeres
loco tal vez me figure,
las almas como la mía
con sólo soñarlos cumplen.

LA BEATA DE MÁSCARA

La del enlutado manto,
la de la toca de encaje,
la de mil hombres encanto,
¿cuánto va a que no es tan santo
tu pecho como el ropaje?

En vano ocultarnos trata

de tus ojos los destellos
el lienzo que te recata;
y por Dios que son, beata,
para ser santos, muy bellos.

Sobre tu nevado seno
pesa la cruz de un rosario,
y aunque humilde nazareno,
muriera de gozo lleno
en tan hermoso calvario.

Y, pese a tu religión,
en vano ¡ay triste! sofoca
deseos mi corazón;
que oculta una tentación
cada pliegue de tu toca.

Eres bella cual ninguna,
y juro, aunque temerario,
no creo en ti fe alguna,
si pasas una por una
las cuentas de tu rosario.

AL RÍO NAVIA

Déjame ver ¡oh fugitivo espejo!
pintada en tu cristal la patria mía;
déjame ver a tu falaz reflejo
el sitio de mi cuna se mecía.

Tú el primer canto de mi amor oíste;
al nacer, tu saludo fue el primero;
tu mi primer vagido recogiste;
recogerás también el ¡ay! postrero.

Tu margen florida
pisé siendo niño,
y al ver tanto aliño
en torno de ti,
ensueños hermosos
forjaba la mente,
creyendo inocente
que el mundo era así.

Vi alegre en tus aguas
la vega pintada;
de flores cercada
la vida soñé;
mas eran ilusos
tus varios colores,
y abrojos sin flores
tan sólo encontré.

Bullendo sonoro
meció tu murmullo
con plácido arrullo
mi edad infantil,
y yo, pobre niño,
pensé, Navia, que era
pensil tu ribera,
tus aguas pensil.

Mas ¡ay! que las flores
que tú retratabas,
y al prado encelabas,
florido rival,
ansioso mi anhelo
quería gozarlas;
pero iba a tocarlas,
y hallaba cristal.

Si fueron tus flores
mentidas visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos,
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Inquieto en tus aguas
el viento remueve
montañas de nieve
en playas de azul,
brillando en sus cumbres
zafir y esmeralda,
su líquida falda
bordada de tul.

Entre algas y arenas

serpeas errante,
cual mole ondeante
de inmenso reptil,
sirviéndote fácil
de aliento la bruma,
de escamas la espuma
que flota gentil.

Cien veces mi patria
miré a tu reflejo,
magnífico espejo
de limpio cristal;
y al verla en tus aguas
mecerse bullente,
ilusa la mente
juzgábala igual.

Robusto en el valle
tendiéndote manso,
con blando descanso
te huelgas en él;
trocando tus perlas
por sus esmeraldas,
ciñendo guirnaldas
de rosa y clavel.

Si ansiosa mi vista
de sombras y tules,
tus ondas azules
tal vez consultó,
bullir en el fondo
veía tu hielo,
la vega y el cielo,
las flores y yo.

Si fueron mentidas
tan bellas visiones,
y mis ilusiones
se fueron en pos:
¡ay Navia! lloremos
engaños que vimos,
pues locos mentimos,
mentimos los dos.

Río, que invades copioso
del hondo valle la anchura,

refrena e curso abundoso;
que tras de este valle umbroso,
te aguarda la sepultura.

Cese tu vana jactancia,
cesa de ir tan vano, cesa;
porque en tu loca arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna a la huesa.

En esa orilla inmediata,
ante ese mar inmortal,
tu mole allí se desata,
y hundes la frente de plata
en su seno de cristal.

Y entonces, adiós mis sueños,
adiós tus flores mentidas;
pues tú entre giros risueños,
y yo entre gratos ensueños
acabamos nuestras vidas.

Y si ambos fuimos en pos
de sueños, teniendo en poco
el mundo real, vive Dios,
que ignoro cuál de los dos
ha sido, Navia, más loco.

Que a la luz de la pasión
los sentidos se embelesan;
pero al llegar la razón,
plomo los párpados son,
que sobre los ojos pesan.

Adiós, Navia; en tu jactancia
cesa de ir tan vano, cesa;
no olvides que en tu arrogancia
vas midiendo la distancia
que hay de la cuna a la huesa.

EL AMOR DE LA SIERRA

A tiempo que sube ufana,
matizando el horizonte,

de púrpura la mañana,
cantando, de un fresco monte
baja una linda serrana.

Con voz que a la alondra afrenta,
el campo alegrando viene,
y aunque triste se lamenta,
mucho el oírla contenta
por lo que de dulce tiene.

No hay céfiro, ave ni fuente,
que con su voz no avasalle;
por eso a su son doliente
responden tan dulcemente
los ruiseñores del valle.

En su purísimo acento
hallan los tristes dulzura,
los tibios grato ardimiento,
los afligidos contento,
y los amantes ternura.

Baja el rebaño olvidado,
y es, a mi entender, locura
pensar que cuide el ganado
la que tan sólo se cura
de un amoroso cuidado.

No halaga ya cual solía
a la cordera leal,
que cuando sal la ofrecía,
antes de comer la sal,
su blanca mano lamía.

Y si de la sierra al prado
baja, al nacer la alba hermosa,
no es por mirar si templado
se eleva el sol coronado
de grana, jazmín y rosa:

Es por oír un pastor
que acaso a sus resplandores
cántigas alza de amor;
y ella se muere de amores,
oyendo al dulce cantor.

Mirando va con presteza
los fresnos uno por uno,
y es por ver si en su corteza
al nombre de su belleza
añadió su nombre alguno.

En vano a la fuente, ansiosa,
su sed va a apagar cruel,
porque a aquel labio de rosa
el agua le es enojosa,
y desabrida la miel.

En vano con dulce riego
su sed un momento halaga,
pues ignora en su error ciego
que sólo el amante fuego
con llama de amor se apaga.

Y mira tan envidiosa
al olmo la vid amena
entrelazarse frondosa,
como su tez la azucena,
como sus labios la rosa.

Y vagando con la mente
embebida en sus amores,
tal vez se lava en la fuente,
o tal vez indiferente
coge, sin notarlo, flores.

Ya con ansias más süaves,
sobre la florida alfombra,
templa fatigas más graves,
y acaso a la fresca sombra
duerme al rumor de las aves.

-¡Qué hermosa está entre claveles
cuando gentil se recuesta,
templando penas crüeles,
bajo los verdes doseles
de la encantada floresta!

¡Qué bello entre esencia pura
adormecer los sentidos,
ver el agua que murmura,
y respirar la frescura

de pabellones floridos!

¡Cómo el pecho se serena
entre ilusiones sin fin,
adonde el alma enajena
ya el color de la azucena,
ya la esencia del jazmín!

¡Qué vista tan placentera
nos forman cruzando a veces
en perspectiva hechicera,
los ríos por la pradera,
y por los ríos los peces!

Son las delicias mayores
ver poblado el firmamento
de fúlgidos resplandores,
de gratos sonos el viento,
y el campo de ricas flores.

Entonces es cuando mansa
quejas el aura suspira,
su furia el torrente amansa,
y sobre el prado que gira
bañando rosas, descansa.

Entonces van transparentes
los aires meciendo olores;
forman ruido las corrientes,
los prados alzan colores,
despiden brillos las fuentes.

Los frescos vientos olean,
la flor su bálsamo exprime,
los verdes sauces ondean,
y si una tórtola gime,
mil ruiseñores gorjean.

Tendida en la verde alfombra
la serrana, ni galán
templa el céfiro su afán,
ni la humedad de la sombra,
ni el fresco del arrayán.

-En vano con loco intento
buscas, serrana, la calma,

pues llevas de tu tormento
la causa en el pensamiento,
y la inquietud en el alma.

¿Con qué nombre te embelesas,
que en la arena lo describes,
y de copiarlo no cesas,
que tantas veces lo besas
por cada vez que lo escribes?

¿Por qué a escuchar los pastores
vas, cuando a la aurora cantan,
si ves que brotan amores
los delicados vapores
que las praderas levantan?

Escucha el murmullo blando
de aquella fuente serena
que cerca va murmurando,
el bello tren arrastrando
de algas, espumas y arena.

Y en ella ve tus perfiles,
si es que acaso los divisas,
sin que sus ondas sutiles
aquesas formas gentiles
desvanezcan con sus risas.

Y tu mejilla rosada
mírala ya sin color;
advierte, en hora menguada,
la boca más colorada
descolorida de amor.

No escuches ¡ay! los pastores,
si quieres cobrar la calma,
pues del alba a los fulgores
abre su sagrario el alma,
como su cáliz las flores.

Mírate en la fuente igual;
y mira que solicitas,
serrana hermosa, tu mal,
si en la inconstancia no imitas
su trasparente cristal.

EL BAILE

(A Clementina)

Bailan, ardiendo en amorosas llamas,
confundidos galanes y hermosuras,
y cual suelen las vides en las ramas,
se apoyan en los brazos las cinturas.

Suben y bajan, en revueltos giros
los pies cruzando con lascivo juego,
y brotan en miradas y en suspiros
lumbre los ojos, y los labios fuego.

Con blando impulso y arrobado intento
se sacuden, columpian y suspenden,
y revolando a la merced del viento
leves las gasas, lo que encubren, venden.

Torpes brazos las formas peregrinas
profanan de las púdicas doncellas,
que al mecerse las rosas entre espinas,
rasgan su manto de color en ellas.

«¿Mas adónde está el alma que no enferma
de impuras fiestas el vapor liviano?
No hay castos pensamientos que no aduerma
dulce vaivén de cariñosa mano.

De riquísimas hebras los cabellos
vierten copia gentil por las espaldas,
y ondean con primor, asidas de ellos,
fragantes y hermosísimas guirnaldas.

Nieve las frentes, las mejillas rosa,
doquier ostentan con falaz decoro;
y en rica pompa y apariencia hermosa,
néctar los labios, y las sienes oro.

Muestran perlas las nítidas gargantas,
y los ojos suavísimos destellos;
leves contornos las ligeras plantas,
donaire y gracia los torneados cuellos.

Turba los ojos y la mente inquieta,
ya la alba tez de una amorosa espalda,
ya el vuelo de una gasa mal sujeta,
ya el roce voluptuoso de una falda.

En los brazos, los talles más gentiles
sosegados se aduermen, y las sombras
van en revuelta confusión sutiles
cruzando sobrepuestas las alfombras.

Al pasar por los límpidos espejos,
como los sueños en tropel vistoso,
las imágenes doblan los reflejos,
arbolando el aire vigoroso.

Y delirando amores, y dementes,
entre gasas, y músicas y aromas,
se rozan, con pensados accidentes,
confundidos halcones y palomas.

¿Cómo al ver de tantas bellas
el lindo y airoso talle,
no hay uno entre todas ellas
que como el tuyo avasalle?

Porque ondea con pausado
movimiento
como el lirio columpiado
por el viento.

No hay una vez que se mueva,
que no afrente
a ese vapor que se eleva
de la fuente.

Mas no abandonarás tanto
tu cuerpo en grata delicia,
si nos descubriera el manto
la mano que con encanto
tu ceñidor acaricia.

No hay pecho que no lastimes,
y pierda, al verte, la calma;
que donde la huella imprimes,
todos rendimos el alma.

Tienen tus plantas divinas
tal presteza,
y tan dulcemente inclinas
la cabeza,
que parece que besando
vas la sombra
que leve estás proyectando
por la alfombra.

Con ojos y pies encantas,
y causa, por Dios, enojos,
el que entre delicias tantas,
tormento nos den tus plantas,
cuanto nos matan tus ojos.

¿Por qué derribas el manto,
haciendo de él rica falda,
si ves que el calor no es tanto
que pueda ofender tu espalda?

Porque viendo los extremos
que descubres,
las gracias adivinemos
que aun encubres.

¡Ay! ¿por qué el manto derramas,
si tu nieve,
mucho más que hielos, llamas
vibra aleve?

Coge el manto descuidado,
cubriendo el rico tesoro;
que más que placer da enfado
mirar, Clementina, el oro
para otro dueño guardado.

¡Oh, con qué aire tan gentil
vienen y van las hermosas!
Tal se mira en el pensil,
cuando se mecen las rosas.

¡Oh, que sones tan süaves
se levantan!
No son más dulces las aves
cuando cantan.

¡Cual flota el leve atavío
de las plumas!
Perdonen del claro río
las espumas.

Y si los ojos se tienden,
ven por doquiera que pasan,
cabellos que el alma prenden,
serenos ojos que encienden,
húmedos labios que abrasan.

Las mal, prendidas melenas
cubren las blancas espaldas,
éstas mostrando azucenas,
cuando las otras guirnaldas.

Mil confundidos acentos
amorosos
llevan y traen los vientos
sonorosos.

Lucen las mejillas puras
sin afeite,
y brota de las cinturas
¡tal deleite!
que entre aromados vapores
se confunden ellas y ellos,
y todo respira amores,
ojos, espaldas, cabellos,
cinturas, labios y flores.

En torno a tu talle erguido
se agitan mil amadores;
siempre al árbol más florido
acuden los ruiseñores.

Y sin duda que adivinas
tu belleza,
pues tan dulcemente inclinas
la cabeza,
que parece que besando
vas la sombra,
que leve estás proyectando
por la alfombra.

Y entre tan rica labor,
tu planta ligera avanza,
dando a su esmalte esplendor;
por eso muere la flor,
cuando a besarla no alcanza,

Deja que toque süave
aquesa cintura leve,
como, cuando vuela, el ave
los blandos copos de nieve.

Y agítate con pausado
movimiento,
como el lirio columpiado
por el viento.

Que tus cabellos en calma
me coronen,
y que el cuello como el alma
me aprisionen.

Y deja que los fulgores
beba de tus ojos bellos,
pues todo respira amores,
ojos, espalda, cabellos,
cinturas, labios y flores.

SU IMAGEN

Errante sol de aromas circundado,
tu ardiente lumbre tenue debilita;
que ya mi corazón, de arder cansado,
negro sus alas moribundo agita.

Grupo de luz que extravió la luna,
ángel perdido que bajó del cielo,
visión deslumbradora, que importuna
mi sien circunda en caprichoso vuelo.

¡Girar y más girar!... Lentas sus alas
lumbrosa tiende en blando movimiento.
¿Eres el alma que de mí te exhalas?
¿O eres tal vez mi mismo pensamiento?

Fantasma de la mente, llega, llega,
desprendida mitad del alma mía,
aunque tu imagen me deslumbra y ciega,
blanca de noche, y negra por el día,

Se mece ante mis ojos desplegada
como la espuma candida de un río,
tal vez por los suspiros agitada
que salen hondos ¡ay! del pecho mío.

Su virgen luz perdida, en el ambiente
reverbera purísima y serena,
y en las límpidas aguas del torrente,
cuando acarician la tostada arena.

Sobre mi frente gira luminosa,
luciente envidia de la nieve y grana,
copia feliz de la encendida rosa,
lisonja del albor de la mañana.

En dondequiera engendra el alma mía
su imagen pura, rutilante y bella,
ante el disco del sol al mediodía,
por la noche en la faz de cada estrella.

Y quisiera abarcar al ver su lumbre,
hidrópica mi vista, fascinada,
de los astros la inmensa muchedumbre,
para verla sin fin multiplicada.

Me revela fantástica su risa
oscilando el arroyo cristalino,
y su acento el murmullo de la brisa,
y también el zumbar del torbellino.

La veo en todas partes seductora,
llevada de mi ardiente fantasía,
en cada rayo al despuntar la aurora,
en cada sombra al caducar el día.

Y despierto la miro embebecido
animada ilusión de mi deseo;
y si cierro los ojos adormido...
yo no sé dónde está, pero la veo.

LA PALMA

(Canción)

Esa planta que en tu encanto,
hace sombra a tu ventana,
con las aguas de mi llanto
acreció su pompa vana.

Y por ella
fe y constancia me juraste,
niña bella;
pero cruda me engañaste.

Porque iluso en mis congojas,
cuando amante lo jurabas,
miré al tronco, y me enseñabas
la inconstancia de sus hojas.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores,
y el viento de amor.

Cuando turban quejas graves
de la noche la honda calma,
¿piensas, di, que son las aves
que se anidan en la palma?

No, bien mío;
que es un triste ¡ay Dios! que llora
tu desvío
por la noche, hasta la aurora.

Y en su mal, por si importuna,
como oscura ve tu reja,
alza el triste, en son de queja,
sus plegarias a la luna.

Las tórtolas plañen

tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores,
y el viento de amor.

Mil instantes, tus secretos
espié por la mañana,
cobijado en los objetos
que hacen sombra a tu ventana.

Y hubo alguno
en que en sueños exclamaste:
«¡qué importuno!»
y a otro lado te tornaste.

Maldecíasme, y yo en tanto,
al susurro de tus quejas,
estrellaba ¡cielo santo!
mis suspiros en tus rejas.

Las tórtolas plañen
tu ausencia dolientes,
murmuran las fuentes
tu crudo rigor.

De amor gime ese árbol,
mis cantos de amores,
de amor esas flores,
y el viento de amor.

A unos ojos
Mas dulces habéis de ser,
si me volvéis a mirar,
porque es malicia, a mi ver,
siendo fuente de placer,
causarme tanto pesar.

De seso me tiene ajeno
el que en suerte tan crüel
sea ese mirar sereno
sólo para mi veneno,
siendo para todos miel.

Si crüeles os mostráis,
porque no queréis que os quiera,
fieros por demás estáis,
pues si amándoos, me matáis,
si no os amara, muriera.

Si amando os puedo ofender,
venganza podéis tomar,
pues es fuerza os haga ver
que no os dejo de querer,
o me acabáis de matar.

Si es la venganza medida
por mi amor, a tal rigor
el alma siento rendida,
porque es muy poco una vida
para vengar tanto amor.

Porque con él igualdad
guardar ningún otro puede;
es tanta su intensidad,
que pienso ¡ay de mí! que excede
vuestra misma crüeldad.

¡Son, por Dios, crudos azares
que me den vuestros desdenes
ciento a ciento los pesares,
pudiendo darme a millares,
sin los pesares, los bienes!

Y me es doblado tormento
y dolor más importuno,
el ver que mostráis contento
en ser crudos para uno,
siendo blandos para ciento.

Y es injusto por demás
que tengáis ojos serenos,
a los que, de amor ajenos,
os aman menos, en más,
y a mí que amo más, en menos.

Y es, a la par que mortal,
vuestro lánguido desdén
¡tan dulce... tan celestial!...

que siempre reviste el mal
con las lisonjas del bien.

¡Oh, si vuestra luz querida
para alivio de mi suerte
fuese mi bella homicida!
¡Quién no cambiara su vida
por tan dulcísima muerte!

Y sólo de angustias lleno,
me es más que todo crüel,
el que ese mirar sereno
sea para mi veneno,
siendo para todos miel.

LA FLOR DE LA JARDINERA

Como la luz hechicera,
galana como el abril,
adoro a una jardinera
que, hermosa, en cuidar se esmera
el más hermoso pensil.

De su seno la blancura,
envidia de los amores,
con gasas velar no cura,
pues sólo cubre con flores
las flores de su hermosura.

De su cabello colgadas
ondean guirnaldas bellas,
blancas, verdes, coloradas,
más que porque van atadas,
porque lo pretenden ellas.

Es tal su planta al triscar,
que no consigue su brío
la verde grama inclinar,
pues sólo aspira a tocar
la plata de su rocío.

Si muestra su faz, encanta;
y cuando tierna suspira,
al aura de envidia espanta,

al claro sol cuando mira,
y al ruiseñor cuando canta.

Y si ensaya su sonrisa
en las bullidoras fuentes,
corren hasta el valle aprisa,
para que a ensayar su risa
vaya en pos de sus corrientes.

Y cuando en dulces querellas
el vario curso reparan
de sus cristalinas huellas,
más por mirarla se paran,
que porque se mire en ellas.

Y porque el lindo gracejo,
cuando se mueven, no ultrajen,
mira del sol al reflejo,
pues sólo de tal imagen
puede la luz ser espejo.

En el jardín que cultiva
hay rosa de tal afeite,
que el gusto más tibio aviva,
y tal su afición cautiva,
que es la flor de su deleite.

Flor, hermosa de manera,
que aunque vegeta entre mil,
casi a jurar me atreviera
que es la mejor del pensil
la flor de la Jardinera.

Es rosa tan deseada,
de tan bello rosicler,
tan en extremo agraciada,
que todos la sueñan ver,
siendo de todos velada.

Que es esta flor peregrina
de la belleza el crisol,
su esencia a pensarlo inclina,
pues por la luz se adivina
que es tan magnífico el sol.

Recatándose a los ojos,

da al alma tantos enojos
cuanta espina la rodea,
pues siempre nace entre abrojos
la flor que más se desea.

Ya hubiera la oculta flor
ella mil veces cogido,
si tan dulcísimo error
no lo nublara el dolor
después de haberla perdido.

Cogerla para recreo
fuera justo por demás,
y en su amante devaneo
se aviva más su deseo,
cuando la contempla más.

Tiene tan bellos colores,
que nadie habrá que se queje
si goza de sus primores...
¡Triste del dueño que deje
guardar a una niña flores!

Sueña a veces que amorosa
a alguno la rosa dio;
más soñando cariñosa,
tantas regaló la rosa,
cuantas veces se durmió.

Y sueña que a algún villano
la da cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Y si con fatigas graves
pierde al dormir su delicia,
despierta, y con más süaves,
ve que el aura la acaricia,
y la enamoran las aves.

Y en confuso susurrar,
con ánimo más sereno,
ve las abejas volar,
que ansiosas quieren libar
la miel que abriga en su seno.

Y la cuida de manera,
y tal descuella entre mil,
que puede jurar cualquiera
que es la mejor del pensil
la flor de la Jardinera.

Mas ¡ay! que en su devaneo
aguija tanto su idea,
que es aquella flor preveo
según cortarla desea,
la espuela de su deseo.

Y tal vez a algún villano
la de cual prenda de amor,
por ser gentil hortelano,
y porque siendo verano,
puede agostarla el calor.

Ya que guardarla la altera,
la cortará; y es razón,
pues pasó la primavera,
no se pase de sazón
la flor de la Jardinera.

Y a fe que es muy justa cosa,
puesto que está sazónada,
que la Jardinera hermosa
coja el fruto de una rosa
con tanto afán cultivada.

Y que se trueque el rumor
de los céfiros süaves
en son más arrullador,
y los coros de las aves
en dulces himnos de amor.

¿Qué niña habrá que si fuera
de aquel ameno pensil,
como ella, la Jardinera,
del huerto una flor no diera,
teniendo en el huerto mil?

Gozará de sus primores;
si el dueño de ella se queja
vanos serán sus clamores,

porque es muy necio quien deja
guardar a las niñas flores.

A BLANCA

Romance

En poco tienes mi dicha,
sabiendo que tu tardanza
llena mi pecho de angustias,
y de sospechas mi alma.

Bien se conoce que ignoras,
o al menos de hacerlo tratas,
que son los instantes siglos
para una amante que aguarda.

¿Qué leyes de amor ordenan
a tu voluntad ingrata
que des placer a tus gustos,
tal vez sirviendo a otra dama,
mientras te aguardo aterida,
junto a una reja sentada,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha?

¡Ay! no era así cuando amante
en la alta noche cantabas,
con tierno afán ponderando
mi ingratitud y tus ansias.
¿Adonde está la firmeza
de aquellas dulces palabras,
para tu bien acogidas,
y para mí mal quebradas?

Sin duda por lo ligeras
se las llevaron las auras,
si no fue que en mis paredes
se quebrantaron por blandas.
Acuérdate de las veces
que me juraste con ansia,
mirando a la virgen luna,
tu fe, por su lumbre clara.
¡Jurábasme por la luna!

Por buen seguro jurabas,
porque es la fe de los hombres
como la luna, voltaría.»
Así se queja una niña
que con su amante soñaba,
quedando en brazos del sueño,
ya de esperarle cansada.

Las blancas sienes tenía
sobre la reja apoyadas,
con hondo afán espiando
cualquier susurro del aura;
y oyendo estaba envidiosa,
cuanto otro tiempo envidiada,
necios llorar los amantes
la ingratitud de las damas.

Veía sombras informes
que sin rumores se alzaban,
y aquellas nieblas confusas
que van mintiendo fantasmas;
y ya mostrándose esquiva,
ya figurándose blanda,
vertiendo ahora sonrisas,
después derramando lágrimas,
la fe maldiciendo siempre
de los amantes que tardan,
entre amorosos suspiros,
desdenes, lágrimas, ansias,
ruidos, canciones, delirios,
sombras, nieblas y fantasmas,
en brazos quedo del sueño
junto a la reja sentada.

-Duerme, soñando placeres,
blanca paloma sin alas;
que son las dichas más puras
todas las dichas soñadas.

Duerme entre blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que hartos será el desengaño
que te traerá la mañana.

¡Pobre inocente! sin duda

de algún tesoro que guardas,
por más que lo niegues, niña,
la mejor prenda te falta.

Mal haya el halcón que abate
sobre una alondra sus garras,
y hace crüel de las tuyas
pasto infeliz sus entrañas.

Mal haya, amén, el piloto
que el barco de la esperanza
bota en un mar de delicias,
sabiendo que en él naufraga,

Mal haya el pérfido amante
que astuto a una niña engaña,
ciego apurando hasta el fondo
de sus tesoros el arca.

Los que matando de amores,
de ser verdugos se alaban
por ser crüeles y falsos,
una y mil veces mal hayan.

De algunas noches me acuerdo
que requiriendo tus gracias,
con sus razones, mis sueños
tu falso amante inquietaba.

«Abre las puertas (decía),
y no, ya que tu desdén
tormentos da al alma mía,
quieras que helado también
encuentre mi cuerpo el día.

No añadas mi muerte, hermosa,
a tus amantes blasones;
baste que el aura amorosa
confunda en la noche umbrosa
con su rumor mis canciones.

Tal fuego en mi pecho inflama
el de tus ojos, bien mío,
que te amo tanto como ama
la mariposa a la llama,
y la pradera al rocío.»

Así tu pérfido amante
en la alta noche cantaba,
en fe de amigo asaltando
de tu pureza el alcázar.

¡Ay! ¿quién dijera que el mismo
que estas endechas alzaba,
hoy te tendría esperando
junto a la reja sentada?

Quebráronse sus razones:
¿qué mucho que se quebraran,
siendo tus rejas tan duras
y sus razones tan blandas?

Llora tus gustos pasados,
pobre azucena olvidada;
que nada borra en el mundo
lo que no borran las lágrimas.

Tal vez se apague llorando
el fuego de tus entrañas;
aunque el remedio es inútil
cuando el enfermo dio el alma.

Y puesto que entre las sombras
te sales a la ventana,
trocando el calor del lecho
por el rigor de la escarcha,
duerme entre el blando embeleso
de imaginaciones hartas;
que harto será el desengaño
que te traerá la mañana.

EL MODELO

Si al mundo dejar prendado
queréis con vuestra memoria,
asid, pintores, mal grado,
por los cabellos el hado,
y por las alas la gloria.

Este modelo os enseña

cómo han de ser las hermosas;
quien en copiarlo se empeña,
cual por encanto diseña,
en vez de mujeres, diosas.

Es el prodigio más raro
el bien que en el alma adoro;
cual nadie su gracia imploro,
y es justo que el más avaro
de cima al mejor tesoro.

Pintad su cintura leve,
blanco el cuello y sin aliño,
torneada la mano y breve,
la frente como la nieve,
y el pecho como el armiño.

Brotando desdén y amores,
pintad de sus ojos bellos
los transparentes fulgores...
Seguid, y no estéis, pintores,
embebecidos en ellos.

Pintad la belleza suma
de la mejilla y la frente,
y aquella tez transparente
que el lustre roba a la espuma,
y su pureza a la fuente.

Seguid el rico traslado
sin que una nube sombría
deje su esmalte eclipsado;
que hasta un vapor delicado
empaña la luz del día.

¡Gloria a los hijos de Apeles,
que imitando este modelo,
entre las sombras del suelo
trasladan con sus pinceles
los serafines del cielo!

Esas imágenes bellas
tan vagas y transparentes,
que, murmurando querellas,
van deshaciendo las fuentes,
cuando apresuran sus huellas;

Esa forma vagarosa
con que en la noche soñamos
leve, aérea, vaporosa,
imagen voluptuosa
de la mujer que adoramos;

Esos fantásticos seres
que altiva forja la mente
de ángeles, luz y mujeres,
fruto de un alma que siente
sed de amorosos placeres;

Esa memoria importuna
que ardiendo en amantes llamas,
ve al resplandor de la luna
sirenas en la laguna,
y sílfides en las ramas;

Aquellos vagos ensueños
tan deleitosos y puros,
que nos cercan halagüeños,
nunca sombríos ni oscuros,
y casi siempre risueños;

Esas hermosas visiones,
que van en plácido vuelo
robando los corazones,
y pasan como ilusiones
entre la tierra y el cielo;

Y cuanto en vaga demencia
ardiente el alma delira,
cubriendo con apariencia,
de la verdad la existencia
la magia de la mentira:

Son la expresión verdadera
de ese divino traslado,
cuya ilusión hechicera
es fruto de una quimera
que la verdad ha adoptado.

EL CISNE

La sombra

Pomposo, inconstante y vago,
un cisne, en formas apuesto,
mirando su sombra, enhiesto
cruza las aguas de un lago.

Y al ver en ellas su imagen
tan limpia, fúlgida y clara,
necio las algas separa,
porque su brillo no ultrajen.

Y sus contornos mirando,
con tal placer los divisa,
que hasta le estorba la risa
que forma el agua temblando.

Así, en liviana querella,
yendo y viniendo inseguro,
busca el remanso más puro,
junto a la orilla más bella.

Y allí se está en su locura
una hora y otra admirado,
viendo el perfecto traslado
de tan perfecta hermosura.

En las quimeras que fragua
mira su imagen pomposa,
mientras en calma reposa
la superficie del agua.

Y cuando el céfiro blando
la riza en grupos de espuma,
vano concierta su pluma,
a que se aquiete esperando.

Sigue en las aguas, flotante,
cualquiera ruta sin tino,
con tal que al ir su camino,
lleve su sombra delante.

Hasta que leve pasando
alguna nube sombría,
eclipsa su gloria, impía

la luz del cielo eclipsando.

Sin que gallardos se curen
de poner coto a su orgullo,
por más que en doble murmullo
las ondas de ello murmuren.

Con plácidos movimientos
siguiendo su sombra bella,
va orlando las aguas ella,
y él herloseando los vientos.

En grato son, transparentes
mienten las aguas sonrisas,
húmedas suenan las brisas,
y alegres corren las fuentes.

Hasta que acaso importuna
densa una nube resbala,
que oculta toda su gala
al cisne, sombra y laguna.

Porque ligera pasando,
como apariencia ilusoria,
deja en eclipse su gloria,
la luz del cielo eclipsando.

-Cisne, que en blando embeleso
admiras tu pompa suma,
ve mirando
que en tu quimérico exceso
en cada estanque una pluma
vas dejando.

Y como el aura prosiga
en resbalar turbulenta
por tus alas,
no mires tu sombra amiga,
pues te dará triste cuenta
de tus galas.

Mirando al agua que corre,
no engrías el delirante
pensamiento,
porque es muy frágil la torre
que tiene al agua inconstante

por cimientos.

Del roble la alta corona
el aquilón rebramando
rompe bronco,
y los arbustos perdona
que están el puerto abrazando
de su tronco.

Si tus plumas adoradas
perdiendo vas una a una,
¿qué te queda?
¡Ay! que en sus vueltas calladas
todo lo huella fortuna
con su rueda.

La vanidad insensata,
como el águila altanera
toca al cielo,
y cuando menos se cata,
ve que camina rastrera
por el suelo.

¿De qué nos sirve que hermosa
la primavera de flores
vista al llano,
si luego en lumbre enojosa
la seca con sus calores
el verano?

¿A qué tu mente se sube
entre gloriosos desvelos
delirando,
si los eclipsa una nube,
la clara luz de los cielos
eclipsando?

Cuida que en alas traidoras
la vanidad no se encumbre
de tu mente,
y que del cielo que adoras
no te se cierre la lumbre
de repente.

Y puesto que el seso pierdes
tu dulce sombra mirando,

oye atento;
tal vez en tu juicio acuerdes,
el triste fin recordando
de este cuento:

«Entre los rudos cantares
que incierto el aire mentía,
cruzaba un cisne los mares
mirando su sombra un día.

Era una tarde serena,
en que las ondas calladas
no escupen sobre la arena
conchas, ni piedras pintadas.

De esas tardes sin bramidos,
en que el alma no oye atenta
más que los ecos perdidos
de la pasada tormenta.

Toco a su término el día,
del mar bordando la alfombra
y viendo el cisne seguía
sobre las aguas su sombra.

Fuese la noche cerrando,
y en su constancia importuna,
quedo su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Siendo ella su amante guía,
era, en su loco trasporte,
cualquiera ruta su vía,
y cualquier rumbo su norte.

Y al seguirla, indiferente
cruzaba el mar al acaso,
ya del ocaso al Oriente,
ya del Oriente al ocaso.

Rizando el viento las olas,
vagos preludios ensaya,
y alza tiernas barquerolas
el marinero en la playa.

Lame, con plácido halago

sonando el mar, las riberas.
Mas ¡ay! que es sólo un amago
la mansedumbre en las fieras.

Que si mintiendo bondades,
se muestra el mar tan sereno,
es que hondas las tempestades
hirviendo están en su seno.

¿Quien mira las flores bellas
de las praderas olientes,
y cobijadas entre ellas
ciego no ve las serpientes?

¿Quién las naves anegadas
mira del mar en la orilla,
que entre sus ondas rizadas
bote su frágil barquilla?

¡Ay del osado que excede
a su valor con su intento!
Mucho se expone a que herede
sus esperanzas el viento.

Dígalo el cisne llorando,
que en su constancia importuna
quedó su sombra mirando
al resplandor de la luna.

Pues brotando de su centro
los vientos que el mar encierra,
a tan horrísono encuentro
tembló espantada la tierra.

Cegaron mil nubarrones
del cielo las luces bellas,
y vomitando aquilones,
toco la mar las estrellas.

El cisne agitó sus alas
para elevarse del suelo;
mas no advirtió que sus galas
volaban ya por el cielo.

Y do cifraba poco antes
todo su amor y ventura,

pese a sus alas flotantes,
el triste halló sepultura.

Por dar un vano alimento
a sus fantasías locas,
sus galas heredó el viento,
y su cadáver las rocas.

Más de una pompa tan suma,
de tan quimérica gloria,
no heredó el mundo una pluma
ni aun para escribir su historia.»-

LA ESENCIA PERDIDA

Y de la flor que a la mañana pierde,
como el alma su amor y su inocencia,
del viento a la merced en pompa verde,
y a la del sol su delicada esencia!

¿Qué le importa que, alegres en su vuelo,
la acaricien las auras sonoras,
si no vendrán con fatigoso anhelo
su esencia a respirar las mariposas?

Y a qué fin de sus hojas primitivas
guardar un resto, si fingiendo quejas,
la esquivarán, pasando fugitivas,
cual hierba venenosa las abejas?

Serán desde hoy sus inodoras galas
fácil matiz de la campestre alfombra,
pudiendo deleitar, de las zagalas
la blanca faz, con su amorosa sombra.

No verá más entre la niebla umbría
las tiernas magas derramando amores,
cuando bajen, aromas y ambrosía
a beber en las copas de las flores.

¡Ay del arbusto que se eleva erguido
a impulsos de la blanda primavera,
y es el oprobio del jardín florido
quien para ser su galardón naciera!

¡Malhadada la flor que en vano lucha
por aromar la brisa murmurante,
y un tierno adiós de gratitud no escucha
cuando deja su sombra el caminante!

Si pierden los capullos su ambrosía,
como el alma su amor y su inocencia,
plácida flor de la esperanza mía,
no pierdas, no, tu delicada esencia.

Pasa la vida delirando amores,
perdida en la ilusión de una quimera;
la esencia son de las tempranas flores
las ilusiones de la edad primera.

Tiende, bien mío, de tu mente el vuelo,
no imites en tu curso a los que viles,
por no asaltar en su altivez el cielo,
usurpan su mansión a los reptiles.

Aires más puros con afán busquemos,
dejando el valle, en el alzado monte,
y embebecidos desde allí miremos
sin límites ni fin el horizonte.

El rojo sol que los espacios dora
hollemos con el vago pensamiento,
porque bien sé que un paraíso mora
tras el turquí del azulado viento.

Y sé también que por allí cargados
se columpian los céfiros de azares,
que son los yermos deliciosos prados,
y lagunas pacíficas los mares.

Ni un áspid me contaron que se asoma
por entre el musgo de las lindas flores;
tiende allí el vuelo la gentil paloma
sin que tuerzan su curso los azores.

La Madre de los ángeles inflama
el corazón de amores más exento,
y hay un Pastor que a los apriscos llama
las perdidas ovejas con su acento.

Traspongamos los céfiros suaves,
pues sigue a los osados la fortuna,
que el águila es la reina de las aves
porque vuela más alto que ninguna.

Y cuando el mundo sin pesar dejemos,
por si algunos lamentan nuestra huida,
en pago de su amor les legaremos
el llanto que se vierte a la partida.

A LA REINA CRISTINA

Ayes del alma

¡Italia!... ¡Italia!..., a tu angustiado seno
vuelve ya la deidad de ti adorada:
la trajo el iris, y la lanza el trueno,
cual hoja seca de aquilón llevada.
—(JUAN DONOSO CORTÉS.)

ODA

Lleva en paz esa nave,
aura gentil que hacia el Oriente vuelas;
que nunca en pompa grave
a tu influjo suave
otra más rica aparejó sus velas.

Marca su rumbo incierto,
de Italia en las regiones apartadas
señalando su puerto,
por éstas que ahora vierto
lágrimas tristes de rencor preñadas.

Adiós, Reina querida;
si al ronco son del huracán que zumba
te abre la mar guarida,
yendo de muerte herida
feliz será en encontrar la tumba.

¿Por qué doliente mides
con esos ojos, que la paz vertían,
la tierra que despides?
¿Quién sostendrá las vides

que al dulce arrimo de tu amor crecían?

¿Por qué con pecho fiero
da a sus hijos la tórtola por padre
al infiel balletero
que amago carnicero
la blanca sien de la inocente madre?

Y tú, pueblo aguerrido
que la proscribes con ardor bizarro,
recuerda cuando uncido,
como alazán vendido,
llevarte Pudo a su triunfante carro.

Si dejaste beodo
la regia frente de baldón sellada,
nunca el imperio godo
debió ver por el lodo
de una mujer la dignidad ajada.

Aparta, infiel alano,
que osaste profanar con ira insana
de tu dueño la mano;
hoy te alzas soberano,
y un vil rufián te azotará mañana.

No apagues insolente
mi voz, porque la mísera fortuna
de una madre lamente,
que sofocó valiente
las sierpes que me ahogaban en la cuna.

En buen hora con saña
solemnices en orgía placentera
tu criminal hazaña:
¡gloria al león de España,
que el pecho hirió de una infeliz cordera!

Engríe tus pendones
agobiados de bélicas coronas:
quien venció Napoleones,
añada a sus blasones
la baja prez de proscribir matronas.

Y en tanto que serena
ría la mar, o que sus senos abra,

aduérmete sin pena
al bronco son que atruena
del yunque atroz que tus cadenas labra.

¡Ya abandonó a Castilla!
Cantad, hijos del Cid, la alta victoria;
en mí fuera mancilla,
magüer que cual Padilla
me agito en sed de libertad y gloria.

AL REGRESO DE S. M. LA REINA DOÑA MARÍA CRISTINA

ODA

Ya torna la que, viéndose ultrajada
-por enemigo bando,
de Valencia en las costas, irritada,
la corona abdicó de San Fernando.

¡Digna Reina del pueblo que, algún día
con su indomable tropa,
el mundo entero a prosternar salía
desde un rincón de la asombrada Europa!

Llegad por fin donde, en amor iguales,
ya os miran embebidos,
como signo de honor, vuestros parciales;
cual bandera de paz, vuestros vencidos.

Mostrad, para vengaros dignamente
de pasados agravios,
señales de perdón en vuestra frente,
palabras de piedad en vuestros labios.

Los que hoy al «benediciros» os admiran,
de vos «benditos» sean:
pues «¡madre!» os llaman cuantos hoy os miran,
«¡hijos!» tan sólo vuestros ojos vean.

No piden sangre, no, las nobles almas
de muertos defensores;
el mártir de una Reina exige palmas;
el héroe de una dama exige flores.

Con harta gloria ha de contar su suerte
la venidera historia,
que si es, lidiar por vos, buscar la muerte,
morir por vos es alcanzar la gloria.

Y aunque vengar vuestra altivez quisiera
su inútil osadía,
¿qué existencia sus vidas redimiera,
ni cuál sangre su sangre expiaría?

A cuantos hoy con bárbaros enojos
conciten vuestra saña,
eternamente a sus voraces ojos
su lumbre les esquive el sol de España.

Sed, cual fueron en bélicas edades
los grandes corazones:
fuente de amor para manar bondades;
tumba inmortal para enterrar baldones.

Que no hay gloria en el mundo más cumplida
que ser, cual vos, Señora,
el genio del orgullo, si vencida;
el ángel del perdón, si vencedora.

EL CARRO DE LA FORTUNA

(A mis amigos)
RUBÍ, DONCEL y VALLADARES

Llegad, los que os es dado
el carro avasallar de la fortuna,
y asaltadlo mal grado,
que pasa acelerado
el cerco amenazando de la luna.

La turba, que hormiguea
sobre él, acogotad, vengando el dolo.
Lanzada al orco sea
esa imbécil ralea
de tantos grandes en el nombre solo.

A la eminencia suma
trepad, lanzando en oblación cruenta

el tropel que la abruma,
y que viste de pluma,
del topo vil para ocultar la afrenta.

Caigan, pese a su lloro,
del pedestal do sin pudor subieron
las hembras sin decoro
que alas calzaron de oro,
y su virtud por escalón pusieron.

Abajo esos tribunos,
torpes ministros del doloso fraude,
que de su mal ayunos,
adulan importunos
al populacho vil que aullando aplaude.

A mí despedazada
de tantos héroes la corona baje,
antes que enmarañada
como prenda usurpada
del bosque quede entre el gentil ramaje.

Del carro desprendido
encima echad la ponderosa mole
sobre ese pueblo erguido,
que imita conmovido
con hondo afán la condenada prole.

-Marquen esos caballos,
fogosos siervos de la suerte impía,
con sus herrados callos,
a los que, cual vasallos,
con riendas de oro a su placer los guía.

Seguidlos arrojando
al seno de las sucias polvaredas;
y ora el carro ciando,
ora presto arrancando,
magullen siempre al criminal sus ruedas.

Sienta esa chusma osada
que en él subir a la maldad le plugo,
que del vicio hostigada,
tinta en sangre la espada,
ya la virtud se convirtió en verdugo.

Caigan en son horrendo
del desierto las cálidas arenas
con sangre humedeciendo,
hastío y pasto siendo
de hambrientos lobos y de ahitadas hienas.

Bajad con vituperio,
viciosos monstruos de infernal ralea;
ya cayó vuestro imperio,
que, orlando el hemisferio,
el pabellón de la justicia ondea.

LA CONFESIÓN

Y yo abismado en tanta maravilla,
con miedo reverente
ceso, y humilde inclino la rodilla,
y la devota frente.
-MELÉNDEZ.

Ya el manso indócil, que en su error seguía
con inútil empeño,
torna a buscar la sal que le ofrecía
la mano de su dueño.

De la virtud abandone gozoso
el aterido llano,
porque otro el gusto me enseñó frondoso
a la siniestra mano.

En él probó con algazara loca
ámbares mi sentido,
ricos panales mi sedienta boca,
y sirenas mi oído.

Piloto audaz, con la inocencia mía
por exclusivo amparo,
torpe esquivé la soberana guía
del eminente faro.

Cuantas hollé risueñas a la entrada
alamedas, y llanos,
trocáronse, al volver de la jornada,
en inmundos pantanos.

Adonde el soto me forjé más bello,
me hirieron los abrojos;
las zarzas, arrancándome el cabello,
me azotaron los ojos.

Jamás calmé, por aliviar las mías,
las desdichas ajenas:
siempre faltaron a mis ojos días
para llorar mis penas.

Al poderoso sorprendí comprando
la inocencia con oro,
mas yo vengué su iniquidad, entrando
a saco su tesoro.

Mi triste corazón hirió atrevido
el brazo del más fuerte,
y el dardo asiendo de mi pecho herido,
di al contrario la muerte.

Pequé, Señor, porque amagaron fieros,
la sangre de mis venas;
dadme el perdón, o no apastéis corderos
adonde nacen hienas.

Hoy para siempre a vuestros pies se agotan
las furias de mi pecho,
pues ya agolpadas a mis ojos brotan
como volcán deshecho.

Feliz, si a mis errores juveniles
vuestra piedad alcanza:
¡bien la merece el que a los veinte abriles
ya perdió la esperanza!

A la virtud consagraré holocaustos,
y desde hoy, Padre mío,
esquivaré los mundanales faustos,
como la cumbre el río.

Quedad con Dios, los que vagáis perdidos
del ancho mundo por la incierta vía,
que ahuyentando el sopor de mis sentidos
se eleva el sol, y con su luz me guía.

Quedad con Dios; y perdonad, pastores,
si alguna vez, sediento peregrino,
os agoté, calmando mis ardores,
la pura fuente del erial camino.

Dadme el perdón si en su cristal undoso
templé del sol las estivales llamas;
o si en el puerto, del laurel frondoso,
para abrigarme, desgajé unas ramas.

Y vos, seres, también, cuya inocencia
el pasto fue de mi amoroso intento,
dadme el perdón si, por gozar su esencia,
alguna flor os agostó mi aliento.

Eternamente os cantarán mis labios,
cual monumento a vuestras glorias hecho,
y amante fiel, para enterrar agravios,
en panteón convertiré mi pecho.

Quedad con Dios; mi ardiente fantasía
al cielo asciende entre gloriosa nube,
y en alas de su ardor el alma mía
purificada por los aires sube.

Recoge, cazador, el vil reclamo
que esfuerza en vano la falaz garganta,
pues ya esquivando tu engañoso ramo
el ruiseñor por las alturas canta.

LAS ILUSIONES

(A T...)

Salud, claras centellas
que en giros halagüeños
vais guiando mis huellas,
leves como los sueños,
cual los ángeles bellas.

Por sendas sin espinas
arrastráis, dulces magas,
mis plantas peregrinas,
siempre en los aires vagas,

y siempre a mí vecinas.

Y ya que, uno por uno,
tal vencéis los fracasos
del destino importuno,
que en mis inciertos pasos
no tropecé en ninguno.

Por beneficio tanto,
dejad que sin pesares
os rindan en su encanto,
tierna mi voz, cantares;
dulces mis ojos, llanto.

Vos, con gesto risueño,
traéis al alma mía
con amoroso empeño,
quimeras por el día,
y por las noches sueño.

Vos templáis la venganza
de mis tristes memorias,
y en lisonjera holganza
vos renováis las glorias
de mi muerta esperanza.

Así entre ensueños de oro,
horas vivo serenas,
tierno guardando el lloro
para plañir las penas
de los tristes que adoro.

Y soy en mal tan fuerte,
pues que audaz no me espanta
con su rigor la suerte,
el único que canta
dando alcance a su muerte.

Salud, hijas del viento,
que tardas, o ligeras,
llegándoos a mi acento,
sois siempre mensajeras
de perenal contento.

Dejadle que en su brío
vuestra morada esquiva

cruce en blando extravío,
y, entre vosotras viva
el pensamiento mío.

-No separéis la mano.
en que feliz me aduermo,
cuidad con pecho humano
que más que no el enfermo
siente la herida el sano.

Seguid en banda espesa,
y no apaguéis el fuego
que ardiendo me embelesa;
seguid, por Dios, os ruego,
que cerca está la huesa.

Y en mis alegres días,
veréis que, aunque sin fausto,
presagios de alegrías,
os rindo en holocausto
las cantilenas mías.

UNA LÁGRIMA A UN RECUERDO

(A los Sres. D. José Safont y D. Mariano Barrio)

«Era una tarde sombría.
El aquilón rebramando
nuestras cabañas hería.»-
Así a sus hijos decía
una matrona llorando.

«Hender un canto la esfera
se oía plácido en tanto.
Mas ¡quién entonces creyera
que sólo de muertes era
vago preludio aquel canto!»

-Templad esa intensa,
tenaz pesadumbre,
y en torno a la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,

la trágica historia
contando seguid.

«Iban las olas mugiendo,
mientras las auras esquivas
seguían con dulce estruendo
en vago son confundiendo
aplausos, cantos y vivas.

»Y estaba azotando impío
el aquilón la ribera,
cuando entre el polvo sombrío
vi una carroza ligera
ganar las ondas del río.

»¡Amaina, zagal! dijeron
su incuria al ver los pastores,
y aunque a su auxilio acudieron,
zagal, carroza y señores,
entre las algas se hundieron.

»¡Ay! con voz desfallecida
clamaron en mal tan fuerte,
como el que en rápida huida
mira alejarse la vida
en brazos ya de la muerte.

»Vierais entonces, fluctuando,
alzar a todos las palmas,
hondos gemidos lanzando,
con ansias de muerte dando
un triste adiós a sus almas.

»Y al ver a una madre en tanto
alzar a una niña al cielo,
me ahogo la voz el espanto,
y ciega cal entre el llanto
presa infeliz de tal duelo.»

-Templad esa intensa
tenaz pesadumbre,
y en torno a la lumbre,
mi madre, acudid;
y aunque algo os aqueje
tan triste memoria,
la trágica historia

contando seguid.

«A vueltas de mi extravío,
oí con triste lamento
gritar: ¡Adiós, amor mío!
mientras que ahogaba este acento
con sus murmullos el río.

»Era un esposo, que impía
a puerto ya de bonanza
una infiel mano impelía,
y al ver a la esposa hacía
exequias a su esperanza.

»¡Adiós! el triste llorando
clamaba con voz doliente:
y, ¡para siempre! gritando
seguía, entre el polvo ajando
desesperado la frente.

»¡Y cuál su dolor sería,
cuando él en trance tan fuerte
a su esposa ¡Adiós! decía,
y ella ¡Adiós! le respondía
desde el umbral de la muerte!

«¡Ay! cuando en tropel se hundieron
y ya con tez amarilla
las yertas palmas tendieron,
¿dónde sus ramas tuvieron
los álamos de la orilla?»

-¿Qué lástima el verlos
ahondarse sería!
-¡Cuánto ¡ay! llenarla,
vagando, el confín!!
-¡La niña que alzaba
su madre en las manos!!!...
-¡Lloremos, hermanos,
su trágico fin!

A ORILLAS DEL NALÓN

¡Cómo, al vagar la mente,

lástima inquieta el corazón llagado!
¿El ánimo doliente,
llora por lo presente,
o suspira tal vez por lo pasado?

Ya de añejos dolores
nos señala el arpón, o ya renueva
recuerdos seductores,
ya de gustos de amores
la antigua miel entre ilusiones prueba.

Ora, al cielo vecina,
su curso, audaz, a los planetas marca;
ya al abismo declina;
ya a par del sol camina,
y el ancho espacio de la luz abarca.

¿Qué buscará en la hondura
de esas sonantes y apacibles olas,
que con planta insegura
llevan su linfa pura
arrastrando entre lirios y amapolas?

Tal vez cuando sus huellas
multiplican los brillos halagüeños,
sus imágenes bellas
se parezcan a aquellas
que audaz forjaba en mis dorados sueños.

Si en óptica ilusoria
las remedan tan frágiles perfiles,
quiero aumentar mi gloria,
trayendo a la memoria
los sueños de mis años juveniles.

Corred por las campanas,
fáciles ondas, derramando albores,
y al pie de las montañas
seguid entre espadañas
trocando en perlas las brillantes flores.

En plácidos concentos,
por el soto tended las limpias huellas,
conjuraré los vientos
porque no borren lentos
esa copia de imágenes tan bellas.

Y si el aire el encanto
borrase de esos cuadros halagüeños,
consuéleos mi quebranto,
porque también el llanto
borra el tropel de mis amantes sueños.

¡Oh, si mi frágil nave
pudiese por lo menos sus antenas
dar al aire suave,
para que el peso grave
cruzase un mar de linfas tan serenas!

Llevadme, ondas queridas,
por vuestro raudo y celestial camino;
si es por sendas floridas,
no importa que perdidas
a morir caminéis al mar vecino.

Que con queja importuna
jamás, en congojosa pesadumbre,
maldigo la fortuna,
sea el sol o la luna
quien el camino de mi muerte alumbre.

Al término toquemos,
antes que hollar en nuestro rumbo abrojo;
cuanto más caminemos,
por las prendas que amemos
menos ofrendas verterán los ojos.

Llevadme, ondas serenas,
no quiero, atravesando de corrida,
que vaya a duras penas
la sangre de mis venas
enlutando la senda de mi vida.

EN LA CARTUJA DE BURGOS

A B...

Oda

Paso a la imbécil plebe

que, detestando en su abyección la gloria,
tiende su brazo aleve,
y a desplomar se atreve
cuanto en cien siglos hacinó la historia.

¿Y en nombre de qué culto
ciega esa plebe la orfandad derrama?
«¡Paso! y quede insepulto
el que con loco insulto
odie la grey que libertad proclama.»

Vengan, pues que perjura
la libertad tan bárbaros caminos
allana en su locura
a esa falange impura
de incendiarios, traidores y asesinos.

Derroca sin concierto,
muchedumbre sangrienta de villanos;
sólo en este desierto,
como en oculto puerto,
un templo os queda en que poner las manos.

Míralos ya, alma mía,
levantar, cual en torpes lupanares,
alta y soez orgía
aquí, do ayer se oía
el sublime cantar de los cantares.

Con las suyas mezclamos
nuestras teas, mi bien, pues ya incendiaron
los ídolos que vemos:
el pedestal quememos,
ya que sobre él a nuestro Dios quemaron.

Ven, que sin noble valla
aquí sus fuegos saciará brutales
el corazón que estalla,
cabe la ruin canalla
que hundi6 cadalsos para alzar puñales.

Ven, que aunque ayer oramos
ante ese altar que derrumbado humea,
de él nuestra alfombra hagamos;
con esto escarnezcamos
la vil generación que nos rodea.

Y si en el trance impío
al ver mis ojos destrucción tan fiera
vierten de sangre un río,
no los seques, bien mío,
vierta el dolor lo que el puñal espera.

Alza, don Juan segundo,
deja asolar tus fúnebres aprestos,
que, en su rencor profundo,
ese tropel inmundo
si no halla sangre, aventará tus restos.

¡Fuego, embriagada tropa!
Talad, brindando por el culto íbero,
tinta en licor la ropa:
ayer en esa copa
la sangre se libaba del Cordero.

¡Ah! desde hoy nuestros brazos,
¿en qué altares, con mística porfía,
formarán tiernos lazos?
Vedlos aquí en pedazos.
¡Rotos pedazos, ¡ay! del alma mía!

EL PRIMER AMOR

Alegoría.
(-A P...)

Ay del que, ahogando congojas,
funda sus gustos y amores
en el verdor de unas hojas,
o en el matiz de unas flores!

Dígalo en tristes endechas,
pese a tan crudas memorias,
la que entre flores deshechas
vio por el aire sus glorias.

Un plácido almendro estaba
viendo una niña en su anhelo,
que con su pompa afrentaba
toda la pompa del cielo.

Seguía al árbol mirando
con afición importuna,
hora por hora contando
sus galas una por una.

Mas ¡ay! que tanto ornamento
costó a su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido.

-¿Por qué los lánguidos ojos
amante en el árbol fijas,
antes de ver con enojos,
niña, las sierpes y abrojos
que con las plantas cobijas?

¡Ay! pese a tu amor, repara,
en tus delicias extremas,
que ya la fortuna avara
dejo sin ídolo el ara
adonde tu incienso quemas.

Conjura el cierzo sombrío,
porque de flores tan bellas
marchitará el atavío,
desvaneciendo, amor mío,
tus ilusiones con ellas.

¿A qué el abril de tus años
consagras, niña, a unas flores,
si no has de evitar los daños
que causan los desengaños
de los primeros amores?

¿Si pensarás por ventura,
embebecida en la calma
de tu amorosa locura,
que las heridas del alma
cualquier remedio las cura?

¿Y qué harás, dueño querido,
cuando de las nubes fieras
oigas el ronco estampido,
tú que jamás has oído
más que balar las corderas?

Nunca sentiste encontrados
revolotear los ambientes
por los espacios lanzados;
pues siempre viste en los prados
adormecidas las fuentes:

Y ¡ay, si a torrentes bramando!
el agua va por las cuestas,
los mármoles desquiciando,
en su furor trasportando
los bosques a las florestas!

Pon término a tus locuras,
que los volcanes revientan,
en las soberbias alturas,
donde las flores más puras
eterno al mayo sustentan.

Cuando apacible rompieres
en amorosos cantares,
no has de olvidar si pudieres
que siempre son los placeres
la cuna de los pesares.

Y ya en el trance postrero,
será inútil que cobarde
dé el labio un ¡ay! lastimero.
¡De qué valdrá el mensajero
si ya el perdón llega tarde!-

Una a una, hora por hora
contaba las flores bellas,
hasta que un día a la aurora
halló el arbusto sin ellas.

Entre sus alas llevaron
toda su pompa liviana
los céfiros que pasaron
a recibir la mañana.

Vio entonces entre suspiros
del primer mal el trasunto,
y cuantas vueltas y giros
da la fortuna en un punto.

Mirando el árbol desierto
da riendas al lloro en tanto.
¡Siempre es el último puerto
de nuestras cuitas el llanto!

¡Así el hojoso ornamento
costó a su pecho afligido,
cada capullo un lamento,
y cada flor un gemido!

¡Mas de cuánta ilusión y cuántas flores
se orlaran ¡ay! nuestros primeros años,
si los cierzos calmaran sus furores,
y acotara el amor sus desengaños!

Llora del viento el desamor injusto;
lloremos, sí, nuestro fugaz aliño,
porque también el destrozado arbusto
la imagen es de mi primer cariño.

Y cuantas almas el dolor devora,
vengan también a lamentar conmigo
a viudez de la tórtola que llora
al pie del árbol de su amor testigo.

Es digna, sí, de fraternal consuelo,
la pobre niña, que mirando sólo
como un almendro engalanaba el cielo,
no oyó los austros conmover el polo.

Una senda de flores sin espinas
soñó la triste en su ilusión primera,
pero ajadas sus plantas peregrinas
ya ensangrentó la desigual carrera.

¡Blandos favonios del templado estío,
un cisne socorred de blanco seno,
que al avanzar hacia el cristal del río
cayó a la orilla entre el hedor del cieno!

¡Descended, serafines, de la altura,
y unas alas prestad a esa paloma,
que ya entre el musgo la serpiente impura
a devorarla sin piedad se asoma!

¡Vagad, ayes del alma, en son de duelo,

paz demandando al Hacedor divino,
para el arcángel, que al tornarse al cielo,
tocó en el mundo porque erró el camino!

Tal vez en su inocencia no creía,
al amainar su vuelo acelerado,
que el paraíso terrenal cubría
la mácula afrentosa del pecado.

Vuestra mano, Señor, sea la gula
de esa inocente, que angustiada llora,
que al despedir al sol dichosa un día,
se halló infeliz al asomar la aurora.

Y si basta de lágrimas un río
para que oigáis su angelical querella,
puedan lograr su redención, Dios mío,
las muchas ¡ay! que derramé por ella.

EL JUICIO FINAL

Fantasía

I

Anuncio del juicio final a los espíritus malignos. -Lamentos del ángel malo. -Postrer
ardid del infierno.

Así Luzbel exclamaba,
mientras le oía confuso
aglomerado el infierno
en espantoso tumulto:

«Mañana, cuando las llamas
bajen del cielo a diluvios,
y, vomitando tormentas,
sombras aborte el profundo,

tumba fatídica siendo
en encontrados disturbios
las llamas, de las tinieblas,
y éstas, de aquéllas sepulcro;

y desquiciados los orbes,

por los espacios cerúleos,
ya con la llama abrasados,
ya entre las sombras ocultos,

amenazando caldas
perdidos vaguen sin rumbo,
al ruido de la trompeta
que anuncie el final del mundo;

el orbe donde nacimos
asediaremos sañudos,
para vestir los despojos
de los que en el fueron justos,

y en alas de su pureza,
los nuestros dejando impuros,
a juicio pareceremos
de Dios ante el trono augusto.»

Al nombre de Dios heridos,
como al poder de un conjuro,
se dispersaron inquietos
los condenados en grupos,

hondos gemidos lanzando
de eternos ecos preludios;
y de la atroz gritería
al descompuesto murmurio,

despiden rayos sus ojos,
fatal emblema de orgullo,
restos de glorias pasadas,
y de alto origen trasunto.

«Tremendos sobre nosotros,
siguió Luzbel, uno a uno,
entre martirios sin cuento
pasaron lustros y lustros,

sin que el dintel de los cielos
jamás tocásemos puro,
aunque a sus puertas llamamos,
ya humildes, o ya sañudos,

ora con fieros enojos,
ora con llanto importuno;

pues siempre de sus albores
ciegos nos dejó el impulso,

sin que a atenuarlo bastase
de nuestros antros el humo;

siendo al medir las esferas
en desesperados tumbos,
de su clemencia el escarnio,
y de su gracia el insulto.

¡Oh! si nuestra alma rebelde
jamás adoro al Dios sumo,
al cieno vil aferrada
por el imán de los gustos;

y si en prisión afrentosa
nuestro divino atributo
la infame cárcel del cuerpo
ató con lazos robustos,

¿por qué Dios, fuente de gracia,
de su emanación verdugo,
condenó a eterno martirio,
en su justicia sañudo,
al alma que encadenada
alzarse al cielo no pudo?

Ganad, hijos del infierno,
pese a los buenos el hurto,
y antes que el orbe aniquile
del juicio el terrible anuncio,
los restos con que piadosos
rindieron al cielo cultos,
tal vez porque sus sentidos
nunca en su afán iracundos
contra el imperio del alma
se amotinaron impuros.
¡Sus!»

Y enderezando al orbe
los condenados su rumbo,
aun no colgaban los aires
las negras sombras de luto
cuando en tropel se apostaron
en los confines del mundo.

II

Llamamiento. -Descripción del juicio final.

¿Cuál fúnebre estampido
conturba los revueltos horizontes,
que a su fragor el orbe estremecido
lanza de sí cual átomos los montes?

¿A dónde en ronco estruendo
los mares desbordados,
rugientes van la inmensidad midiendo
de planeta en planeta despeñados?

Por el espacio errantes,
perdido el rumbo de su giro eterno,
los astros rutilantes,
las sombras inflamando del infierno,

cayendo van desde la empírea cumbre
en ciego parasismo,
mientras nubes espesas
se alzan sin fin del tenebroso abismo;

y en remolinos fieros
ruedan despedazados
en amalgama universal mezclados
llamas, cometas, sombras y luceros.

Hirió la trompa al resonar la esfera,
y en sus impuras fauces dejó ahogado
el ¡ay! desesperado
que ronca alzó la humanidad entera.

Id a juicio, mortales,
sin contener el indolente paso;
caminad a sufrir eternos males,
o eternos bienes a gozar acaso.

¡Ay si al tornar con ánimo doliente
los ojos desolados
hacia los gustos del amor pasados
rojo el pudor os encendió la frente!

Seguid llorando con dolor profundo
vuestro eternal quebranto,
ya que alegres tuvisteis en el mundo
tan en desuso el llanto.

Ajenos de esperanza,
en vaga lontananza
el arcángel oíd, que en presta huida
grita, al cruzar la inmensidad inerte:
«¡Ay del que a Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvido en su muerte!»

Seguid, prole maldita,
sin mundanos deseos,
con ánima contrita,
a rendir el espíritu en ofrenda
de impuros devaneos,
caminad sin rodeos:
no hay sagrado a que huir; ésta es la senda.

Id y arrojad, monarcas de la tierra,
en oblación amarga,
esa humilde corona
que de alta prez en vuestra sien blasona,
y no a los hombros, en mundano exceso,
con tan inútil carga
no pudiendo marchar dobléis el peso.

¿Por qué ocultáis entre las manos bellas
las frentes de jazmines,
vos que brillasteis sin pudor en ellas
radiantes de hermosura en los festines?

Id, con los ojos falsamente enjutos,
torpes matronas de insondable pecho,
donde os esperan los bastardos frutos
del profanado lecho.

En hombros de los ángeles alzado
ved de Dios el asiento,
y como ya a su acento
deja veloz las no acotadas puertas
de par en par la eternidad abiertas.

Maldecid, turba vil, en mal tan fuerte,
vuestra existencia entre el placer perdida.

¡Ay del que a Dios no consagró su vida!
¡Ay del mortal que lo olvidó en su muerte!

III

Transformación y ascencimiento de los pecadores. -Ayes de los justos. -Preponderancia del cuerpo sobre el imperio del alma.

Y alzándose de las tumbas
al universal crujir,
van en sus cuerpos las almas
cruzando el aire sutil.

Y cuando algunas, ya altivas,
tocan del cielo el confín,
otras, rastreras, el polvo
miden con hondo gemir,

pues de sus restos antiguos
con ansia inquiriendo el fin,
en vano, hozando sepulcros,
discurren aquí y allí

hasta que al murmullo ronco
de un satánico reír,
escuchan sobre los aires
clamar a Luzbel así:

«Con nuestros restos a juicio,
almas dichosas, venid,
ya que en los vuestros nosotros
vamos con vuelo gentil.

Y a fe que prendas tan leves
son fáciles de subir,
mientras que torpes las nuestras
pegadas al cieno vil,

tal vez a ascender se nieguen
por círculos de zafir;
y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»

Dijo; y conformes los buenos
con tan infernal ardid,

visten sus formas humildes
ayes lanzando sin fin.

¡Ay que ignoráis resignadas,
almas de origen feliz,
que los sentidos rebeldes
en espantoso motín,
también las almas aferran
como esas que veis subir;

y espíritu y carne entonces
luchando en abierta lid,
suele a la impura materia
rendirse el alma servil!

¡Vos que cruzasteis el mundo
con formas de serafín,
sin que sintieseis el fuego
de las pasiones hervir,

aun no sabéis cuál marchita
de nuestra edad el abril,
el ansia de las potencias,
cuando guerreando entre sí,

ansioso busca el oído
profanos sonos que oír,
ebrios de placer los labios
otros labios de rubí,

fantasmas de amor la mente
de misterioso perfil,
lumbre que admirar los ojos,
sendas el pie que seguir;

y en tan inciertos deseos,
y en tan encontrada lid,
aquí anhelando placeres,
llorando gustos allí,

llevan al alma aferrada
tras de la materia ruin,
para concederla sólo
la libertad al morir;

¡y entonces Dios la destierra

donde por siglos sin fin
padezca, porque no pudo
en su dolor resistir!

Mas vos, con fervor divino
mil veces mas fuerte y mil,
con esos viles despojos,
almas dichosas, subid.

Y suben, mientras aun se oye
por el desierto confín:
«Y si en tal caso os agobian,
lo que sufrimos, sufrid.»

IV

Vencimiento del espíritu por abyección de la materia.

Y apenas en sus leyes sacrosantas
Dios decretó la universal discordia,
a la turba infernal miro a sus plantas,
gritando en hondo afán: ¡Misericordia!

«Silencio, vil tropel, de Dios maldito;
tarde la gracia del Señor granjeas.»
Y la turba infernal alzando el grito,
repite sin cesar: ¡Bendito seas!

«¿Por qué los ojos a mi luz no esconden
deslumbrados los hijos del profundo?»
Y a las palabras del Señor responden:
¡Paz y salud al Redentor del mundo!

«¿Son éstos los que en ciego desvarío
jamás tornaron a su Dios los ojos?»
«Los mismos son; pero piedad, Dios mío»,
clamó Luzbel, y se postró de hinojos.

«Si olvidados de vos ayer seguimos
tras el cebo carnal de nuestros gustos,
hoy redención a demandar venimos
con las prestadas formas de los justos.

¿A qué al infierno desterrar sañudo
el alma de estos míseros nacidos,

si siempre débil contrastar no pudo
el impuro motín de los sentidos?

¿Ni cómo ante su Dios se postraría,
en cárcel mundanal el alma presa
quien recibió de la fortuna impía
torpe la lengua y la rodilla aviesa?

Si los que alzasteis compasivo al cielo,
con nuestras formas vuestro ser adoran,
¡ay de los tristes que en su amargo duelo
a vuestros pies arrepentidos lloran!»

«Venid, -dijo el Señor-, mis escogidos.»
Y un ¡ay! se oyó que conmovió el profundo;
mientras suena en los aires esparcidos:
¡Paz y salud al Redentor del mundo!

V

Imperfección humana. -Rebeldía de los sentidos. -Lucha del espíritu y la carne.

Presentes los escogidos
ante el Señor que los nombra,
con hondo afán arrastrando
de los demonios las formas,

sacrílegos a sus ojos
alzan la frente orgullosa,
y ni le acatan altivos,
ni irreverentes se postran;

antes blasfemando ateos
gritan del cielo con mofa,
en el aspecto divino
la faz encarando torva:

- ¡No hay Dios! -Y la atroz blasfemia
rodando de boca en boca,
siguen impíos gritando
en confusión espantosa:

-¿Qué niebla ver, importuna,
la luz del cielo me estorba,
que así a vivir me condena

entre el horror de la sombra?

-¿Cuál torpe sueño las alas
de mi pensamiento agobia,
que noble a inquirir su origen
jamás el vuelo remonta?

-¿A dónde está la morada
de esa Deidad misteriosa,
que todos su ser conocen,
y todos su esencia ignoran?

Y Satanás imprecando
al Dios que rendido implora:
¡Hasta los ángeles, grita,
con nuestras mundanas formas
dudan de vos, y os maldicen,
cuando brilláis con más gloria!»

Y a su voz siguen los malos
gritando: ¡Misericordia!
Y a sus impuras blasfemias
ciegos los angeles tornan.

-¿Por qué, si sucio, tan sólo
impresos en mi memoria
los sueños profanos quedan,
y los divinos se borran?

-Nada los hondos misterios,
de la religión me importan,
si ofuscan mi entendimiento,
y si mi razón sofocan.

-Venid en tropel, deleites
de las ya apuradas orgías,
a ser el pasto continuo
de mis esperanzas locas.

-Blancos compases midiendo
sobre las ricas alfombras,
leves mis plantas se ensayan
en danzas voluptuosas.

-Liviano mi pensamiento
sujeta a pruebas gustosas

imágenes de deleite
que mi entendimiento aborta.

-¿Cómo las furias del cielo,
cuando de airado blasona,
son para mi pecho dardos
que, antes de herirlo, se embotan?

Y en su ignorancia ofuscados,
más las blasfemias redoblan,
mientras que Dios entre un velo
sepulta la faz gloriosa:

-Ebria de goces ansía
ricos panales mi boca.
-¡Qué músicas mis oídos
vienen a herir sonoras!

-Profano lechos, a impulso
de estímulos que me acosan.
-Dejan marchito y sin vida
a cuanto mis manos tocan.

-Arden de amor mis sentidos.
-Es la virtud una sombra.
-Iguales son Dios y el caos.
-No hay más placer que la gloria.

-Falta la luz a mis ojos.
-Sueños impuros me acosan.
-¡Oh, qué tormento es la duda!
-¿Quién es Dios?- ¡Misericordia!

VI

Hastío de Dios en su mejor obra. -Aniquilación de las criaturas.

«Silencio, -exclamó Dios-, vil criatura,
grosero aborto de miseria y llanto
en quien es siempre la materia impura
cárcel y afrenta de tu origen santo.

Maldigo en ti mi predilecta hechura.»
Y descorriendo el vaporoso manto,

al vivo resplandor de una mirada
ángeles y demonios fueron nada.

VII

Sentencia. -Nueva creación del hombre. -Atributos de la especie humana. -Vaguedad de la existencia.

«Vuelva a su ser lo creado;
y de hoy por siempre estará
entre su Dios y los hombres,
mediando la eternidad.

»Será un informe trasunto
de la aniquilada ya,
la raza humana que el orbe
vuelva entre llanto a poblar.

»Con honra de imagen mía,
de barro el cuerpo tendrá;
y el alma perecedera,
con alientos de inmortal.

»Toda su ciencia y su gloria
dudas y sueños serán,
y el galardón de sus penas
la cruda muerte, y no más.»

Dijo el Señor, y a su acento
llenó sus cauces la mar,
y las alturas ganando
en armonioso compás,
por sus azules esferas
se vio a los astros girar.

Y como a vueltas de un sueño,
levísimo por su faz
sintió resbalar un beso
entre ilusiones Adán,
creyendo ver en los aires,
en éxtasis celestial,
una visión milagrosa,
que cada vez más y más
se fue alejando entre nubes
del bajo edén terrenal,

hasta que al fin quedo entre ambos
mediando la eternidad.

Agradecido al don triste
de la existencia falaz,
al cielo humilde las palmas
alzo postrándose Adán,
mas no hallando en su desvelo
ídolo ante quien orar,

y creyendo del acaso
fruto su vida quizá,
vino la hiel de la duda
su corazón a amargar,
y el don funesto maldijo
de su existencia fatal,

hasta que viendo a Eva al lado
que con sonrisa fugaz
sus dudas y desvaríos
troco en amoroso afán,
el bien del alma olvidando
por el placer corporal,

se prosterno desde entonces
ante la humana deidad;
y sin que de su alto origen
quisiese el fin deslindar,
ni ver del hondo sepulcro
un término más allá,

dudas, miserias y llanto,
ahogo entre el placer carnal,
llanto, miserias y dudas
legando a la humanidad.

Así el hombre, de la vida
la senda cruzando erial,
siembra al pasar ilusiones,
y engaños cogiendo va;
y en curso errado, siguiendo
de su apetito el imán,
le asedian aquí pesares,
remordimientos allá;

y en guerra consigo mismo,

y consigo mismo en paz,
goza siguiendo la dicha,
sin alcanzarla jamás;
y así en encontrados rumbos,
atormentándole van
delante las ilusiones,
y los recuerdos detrás.

Y muerto de la esperanza
el consolador fanal,
siguen los hombres su ruta
con solícito ademán,
esperando aquí una dicha,
allí esquivando un azar,

viendo siempre el bien lejano,
y cerca sintiendo el mal;
y prosiguiendo el camino
que hollaron a su pesar,
de dónde vienen no saben,
e ignoran a dónde van.

Entre el error y la duda,
sin norte que brujulear,
ciegos caminan a veces,
en parasismo mortal,
llamando gloria a la pena,
padecimiento al solaz,
a la verdad la mentira,
y a la mentira verdad.

Y a veces por la fe herido
sucumbe el genio del mal,
y otras rueda el fanatismo
luchando con la impiedad;
y así en abismo espantoso,
entre creer y dudar,
incierto a su fin camina
la abyecta prole de Adán.

¡Ay de vosotros los tristes
que en tan proceloso mar,
luchando con las tormentas
sin esperanza bogáis,
sabiendo por vuestro daño
que de la ruta al final

sólo será vuestro premio
la cruda muerte, y no más!

Y vos, los que en sueños vagos
de eterna felicidad
creéis de vuelo, en muriendo,
sobre los aires pasar,
¿qué galardón, miserables,
por fe tan ciega esperáis,
si está entre Dios y los hombres
mediando la eternidad?...